

El Ruedo



2
Plas.

Caldentey



Toreando a caballo



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

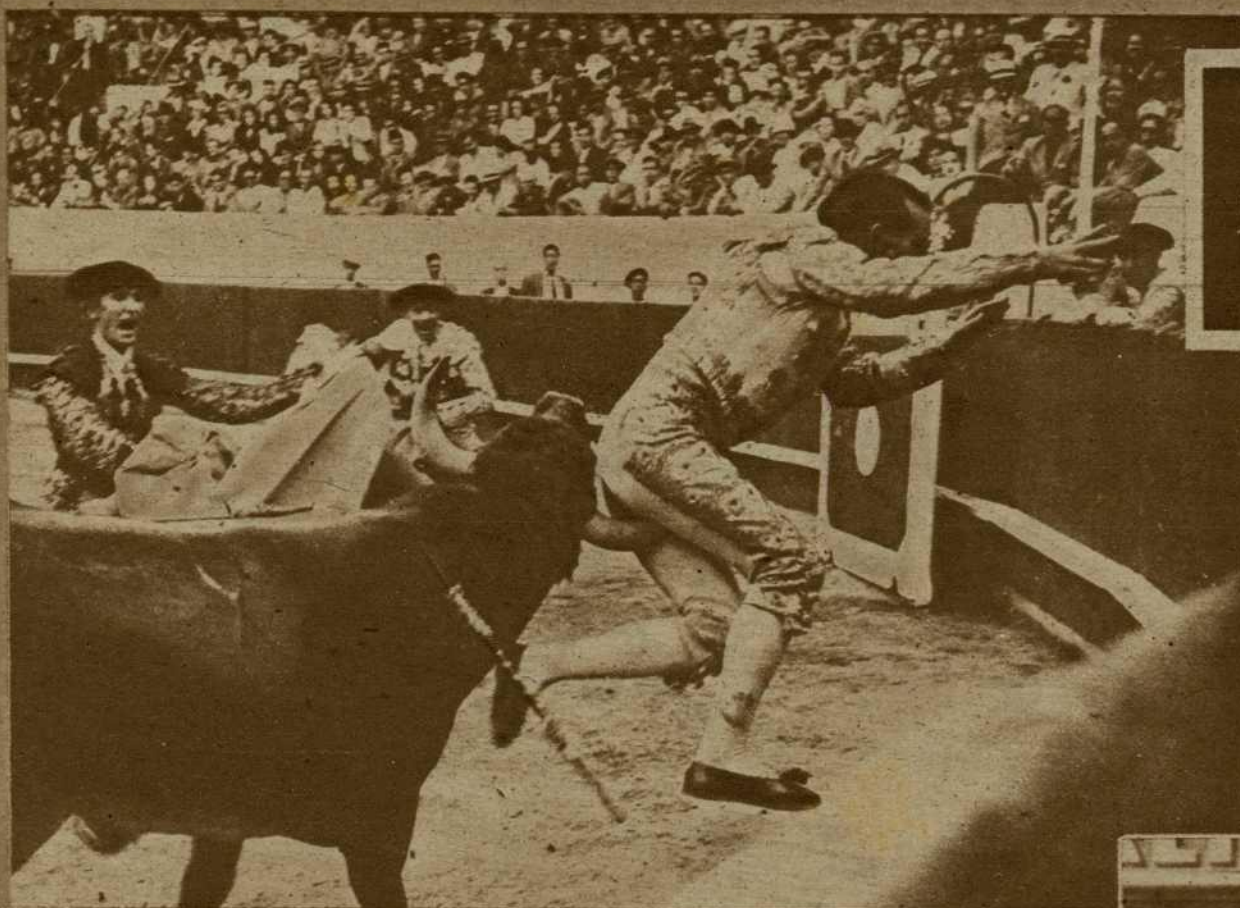
Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Teléf. 214460

Año IV - Madrid, 4 de diciembre de 1947 - N.º 180



CADA SEMANA EL SIGNO DE SANGRE DEL AÑO

do el de Benítez Cubero ya iba a caer bien matado de una gran estocada.

Suceso desgraciado, la intención de estas líneas no es divagar en torno al tamaño de los toros ni al riesgo de los toreros, que hay sobre esto tantas opiniones como aficionados, sino fijar únicamente el hecho, para que, andando el tiempo, otros aficionados comprueben en esta efemérides postrera del año una realidad no tergiversada por la pasión. 1947 ha sido el año de toros de edad, aun más que de peso; de la muerte de cuatro toreros y de las cogidas frecuentes y graves. No ha sido el año fácil con que pudieran calificarlo los del cualquier tiempo pasado fué mejor.

NO ya al final de la temporada, hace tiempo concluida, sino al final del año, cuando las lluvias y las nieves, llegadas de golpe, transforman la fisonomía de las ciudades y hasta el humor, y cuando los comentarios sobre la cosa taurina tienen ese tono vacilante, de transición entre lo que se fué y lo que ha de llegar, todavía un torero punzonoso y modesto que quiere agotar las posibilidades artísticas y económicas que le ofrecieron una ciudad de clima de excepción y un empresario decido, cae herido gravemente en una Plaza de Toros. Tal es el caso de Rafael Llorente, que al lidiar en Barcelona el último que salió en este año 1947 de los chiqueros, hace cuatro días, rubrica con signo de sangre una serie larga de episodios tremendamente dramáticos. A Rafael Llorente le ha herido en Barcelona un toro que ha pesado trescientos noventa y un kilos; y le ha cogido en el momento final de la media corrida y del año, cuando

La aparatosa cogida que sufrió Ortega toreando en Villafranca de Xira. Luis Miguel y el banderillero Carrato al quite (Foto Ortiz)

El último toro lidiado en el año en la Plaza de Barcelona, que ha pesado 391 kilos (Foto Valls)



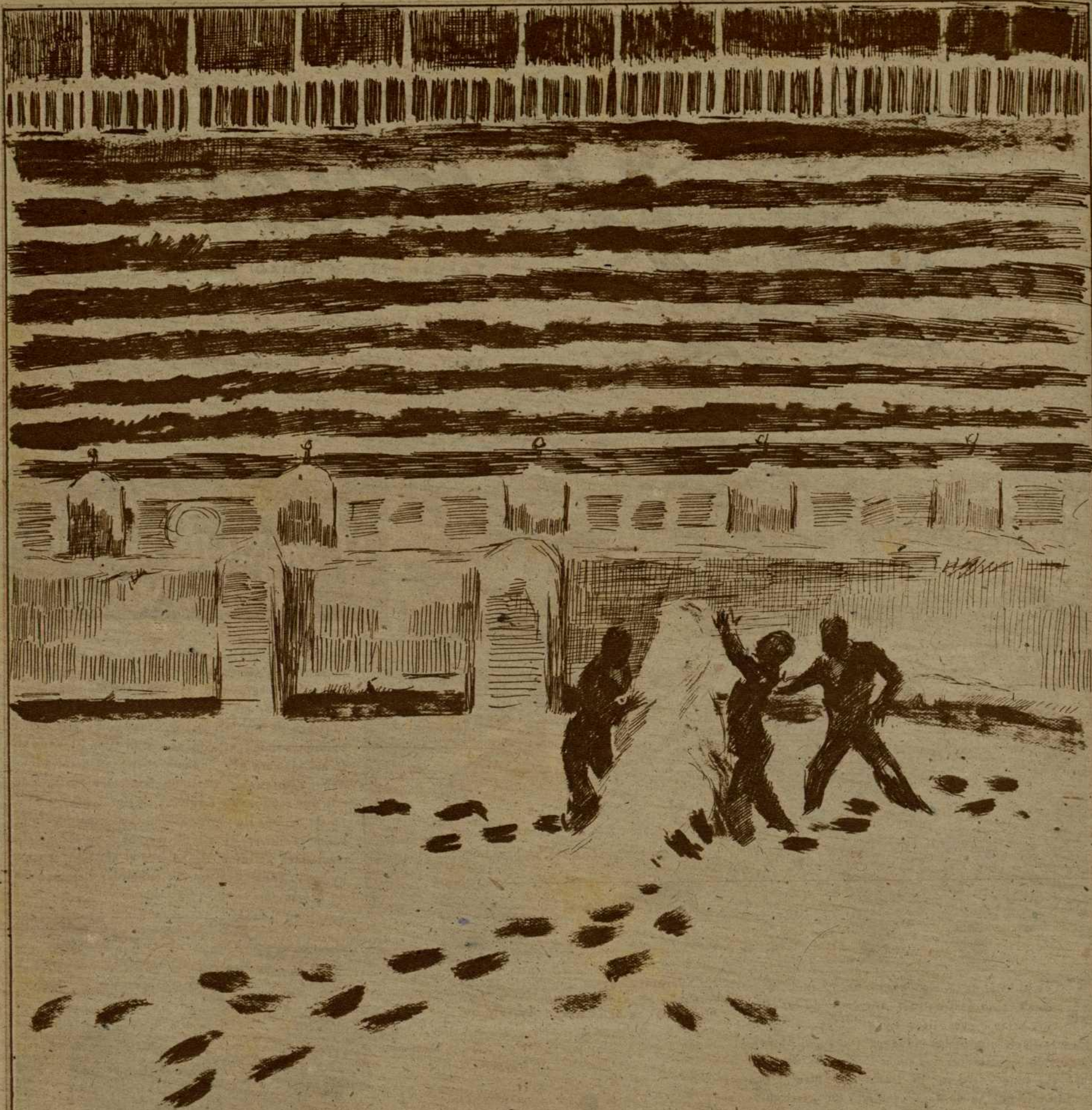
Sin otro propósito que el de reflejar este signo del año, reunimos en esta página tres fotografías: el último toro lidiado, que ha pesado, como decimos, 391 kilos; Rafael Llorente conducido a la enfermería de la Plaza de Barcelona durante la corrida celebrada el 30 de noviembre, y una, muy espectacular, de la cogida que sufrió el 13 de julio, en la Plaza de Villafranca de Xira, Domingo Ortega.

Que el año 1948, que está próximo a empezar su reinado, sea más propicio para esos hombres valerosos que son los lidiadores de reses bravas.

C.

Rafael Llorente es conducido a la enfermería, herido por el último toro de la temporada (Foto Valls)





AYER y HOY, por ANTONIO CASERO

"Frío y nieve en la Plaza" ¿Cuántas veces, con sol de julio, había en ella la misma frialdad, y los aficionados, inventando ídolos —como ahora también—, que a veces duran lo que dura una nevada!...

ANTONIO CASERO

EN BARCELONA, EL DÍA 30 DE NOVIEMBRE

RAFAEL LLORENTE mata tres toros, uno de Moreno Ardanuy y dos de Benítez Cubero, y resulta herido de gravedad

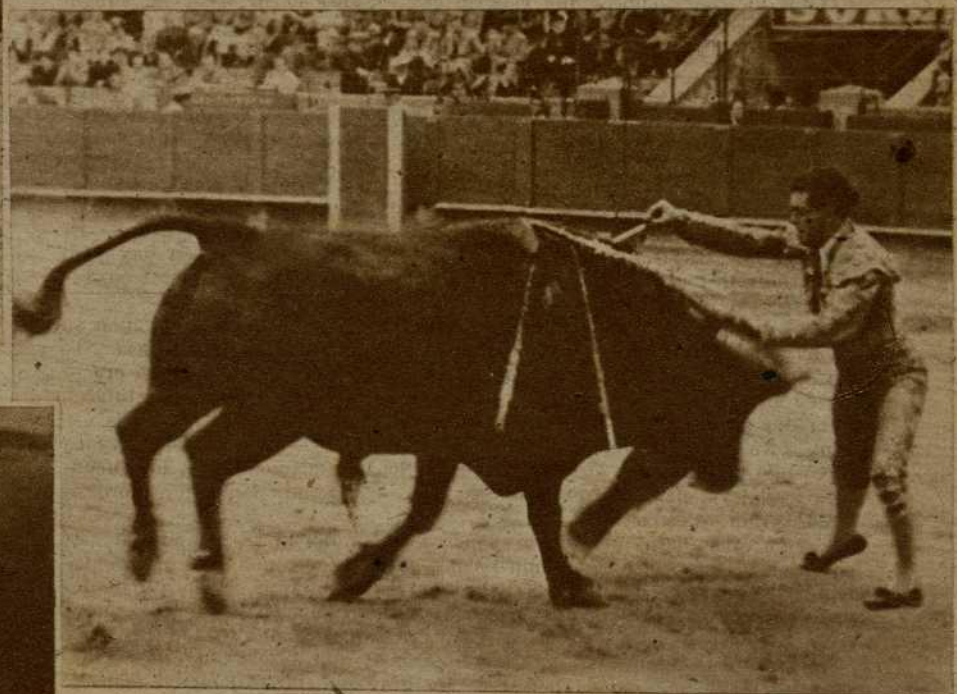
El toro que le cogió pesó 391 kilos. La corrida se celebró a las doce de la mañana



Rafael Llorente se dobla valientemente con su segundo toro



Rafael Llorente, único matador, en la puerta de cuadrillas



Cuatro momentos de la cogida de Rafael Llorente por el toro de Benítez Cubero
(Fotos Valls)

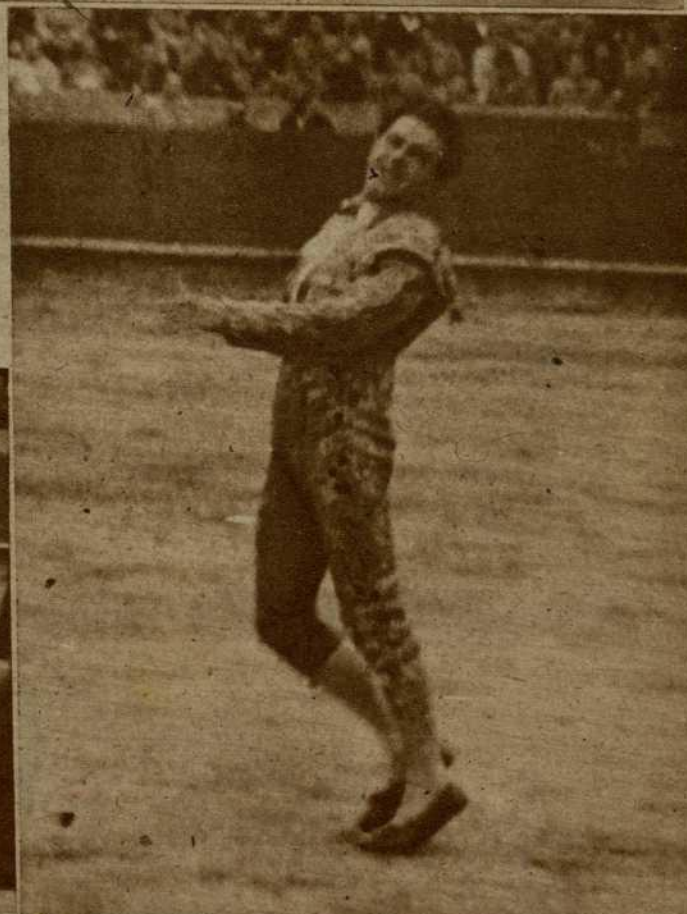


CERROJAZO DEFINITIVO

EPILOGO de la temporada fué esta media corrida de toros celebrada a las doce del mediodía en Las Arenas: actuó de único matador Rafael Llorente en la lidia de un toro de Moreno Ardanuy (el primero) y dos de Benítez Cubero, con un peso en canal de 260, 305 y ¡391! kilos; mansurrones los tres, quedados y sin embestida franca;

Llorente tuvo que trastearlos porfiando mucho y sobre piernas, valentísimo siempre, hasta lograr que la música amenizara su faena con el segundo. En concepto de estoqueador obtuvo un verdadero triunfo, por la verdad que puso al entrar «por uvas», y el público —numeroso, por cierto— le ovacionó incesantemente mientras duró la Fiesta.

Mató al primero de una gran estocada, que no necesitó puntilla. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.) Al segundo, de una estocada contraria y un descabello a la segunda. (Nueva ovación y otra vuelta.) Y al tercero, llamado «Bejarano», la mole de los 391 kilos, de una estocada monumental, que también mató sin puntilla y produjo honda emoción, pues fué cogido y volteado el



diestro al adjudicarla, y hallándose en el suelo, hizo el toro por él y le infirió una cornada grave, de 15 centímetros de profundidad, en el borde del ano, si bien por desviarse hacia fuera evitó consecuencias más graves todavía.

A la enfermería le llevaron la creja de este toro, en tanto que el público rompía en una gran ovación, y no hay que decir que el bravo y pundonoroso torero de Barajas ha dejado para el año que viene a gran altura su cartel en Barcelona. ¡Lástima que su gran éxito se vea amargado por la cornada! Que cure pronto es lo que hay que desear.

Al compás de un pasodoble torero ¿DONDE ESTA AHORA EL PRIVILEGIO?

SIEMPRE fué ésta de Madrid, por razón de privilegio, ética, estética y otros sumandos de calidad taurina y peyorativa, la primera Plaza de Toros de España. Esa jerarquía, tamizada concienzudamente a través de los años, no estuvo adscrita nunca a la monumentalidad o belleza del edificio donde el arte del toreo tuvo su sede, sino que el rango y la prestancia se la dieron en toda época, con su actuación, las figuras más descolantes y señeras del arte taurino.

Madrid, castillo famoso desde tiempo inmemorial, fué también cuna de singulares hazañas taurinas, y quizá porque el Guadaquivir "caía" demasiado lejos, nuestro humilde Manzanares se dedicó a recoger en la penuria de su caudal la esencia torera de toda la Península. De Norte a Sur, de Este a Oeste, el "aprendiz de río" fué siempre, a su paso por Madrid, vestido de gris y oro. Un río tan torero como el Guadaquivir. ¿Por qué no?

Pero vamos a lo que importa. La capital de España ha sido siempre el escalón con que soñaban los diestros de toda categoría y condición para auparse definitivamente, si era posible, sobre la fama ambicionada. Sin embargo, en el albero del ruedo madrileño se rompían ilusiones y se consolidaban prestigios; armaban su pirotecnia espectacular, encendida de luces en los trajes toreros, hombres que estaban equivocados en su vocación, aunque la creyeran arraigada en el ánimo. Todo dependía; a la postre, de un gesto, de un momento de fortuna...

Pero eso era antes. Aquel privilegio, aquel respeto supersticioso que todos —toreros, empresarios, ganaderos y público— sentían por la Plaza de Madrid se ha ido derrumbando lentamente, por el rehuir de unos, la codicia de otros y la indiferencia de los más, captados estos últimos por otros espectáculos, que dicen que también apasionan.

Y si todo, desafortunadamente, va ocurriendo así, que la Plaza madrileña ya no tiene los fueros de antaño, sus privilegios seculares, es ocasión propicia, coyuntura aprovechable para tratar de un tema que estoy seguro ha de agradar a muchos aficionados. El argumento es éste: ¿qué razón hay para que en Madrid, donde se dan carteles pueblerinos, no suene la música cuando un torero está realizando ante un toro una gran faena?

Yo sé que algunos, apegados a la tradición, es posible que rezonguen su anatema o repulsa contra lo que es, en definitiva, deseo de la mayoría. Nos dirán que eso de que la música suene cuando un torero "va dejando crecer su arte" ante la fiera, jaleado por el público, es costumbre de otras latitudes, que quitan rango a las Plazas. Sin embargo, nosotros no compartimos esa opinión. ¿No tiene prosapia la Real Maestranza de Sevilla? ¿No está cargada de abolengo la Plaza de Toros de Ronda? ¿Son acaso pueblerinos los ruedos de Zaragoza, Valencia, Bilbao, San Sebastián, Valladolid, Santander, Córdoba y tantos y tantos otros?

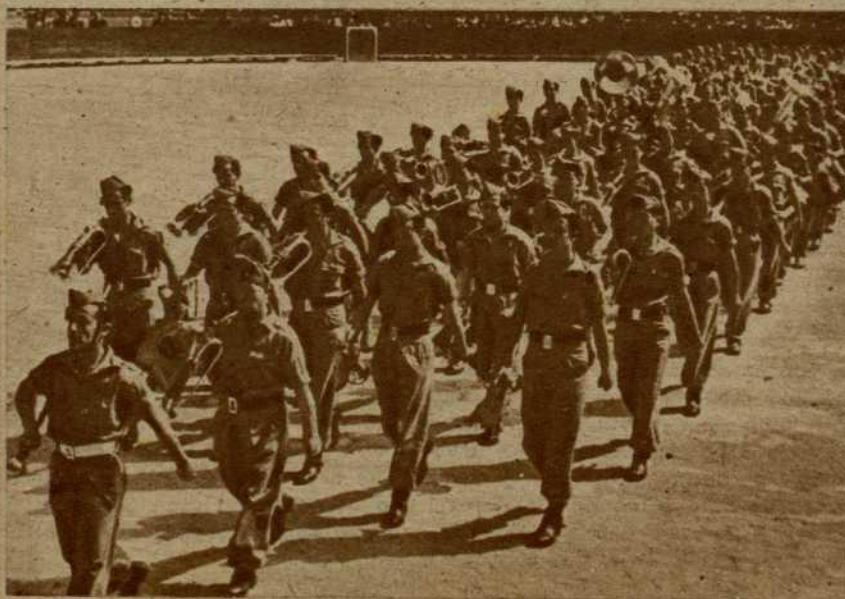
Pues en esas Plazas la música suena en honor del torero cuando su arte y su valor lo merecen. Y dejando aparte garrambinas, que tienen su antecedente en egolatrías capitalinas, es preciso reconocer que el espíritu de los espectadores en tales momentos se satura de una emoción indefinible, nueva y recia. El toreo es ritmo, cadencia, simetría, garbo, plenitud de líneas airo-sas... La música, lo mismo. En cada compás de un pasodoble está latente siempre el ritmo y la gracia torera de un gran muletazo. De igual manera, hay pases tan pausados, tan bellamente armónicos en el revuelo de su trazo, en su ejecución impecable, que de ellos parecen surgir, y surgen muchas veces, las notas de las más inspiradas composiciones que nuestros músicos dedicaron y dedican a la Fiesta española.

¿Os habéis detenido a pensar lo que sería una faena de muleta realizada por Ortega, Pepe Luis, "Parrilla", Antonio Bienvenida, etc., a los acordes de *Suspiros de España*, por ejemplo? Esa columna humana, que hace su pañal en las localidades de la Plaza de Toros madrileña, recogería su zumbido, y el diestro entonces, solo en el ruedo, ante el toro, escucharía su toreo lento, majestuoso, acompasado... La fusión integral de un arte con otro, la solemne conjunción majestuosa de dos características de nuestra raza: música y toros, que se compenetran y comprenden.

Por eso digo que la música en los toros no es ni baladí ni pueblerina: es algo fundamental que haría a nuestra Fiesta más alegre; más cascabelera, menos monótona... No es bastante el pasodoble con que nos obsequia la banda de turno cuando se abre una corrida de toros, ni el "chin-chín" con que ligeramente nos obsequia esa misma banda en los entreactos, porque sabe que sus notas se pierden en la escandalería de las ovaciones o de las protestas.

Si la música sonara en esos momentos culminantes del toreo, los toreros se acoplarían al ritmo musical en un "crescendo" beneficioso para todos. Porque oíríamos música graciosa y ligera, pero con profundidad de sentido y en el instante oportuno.

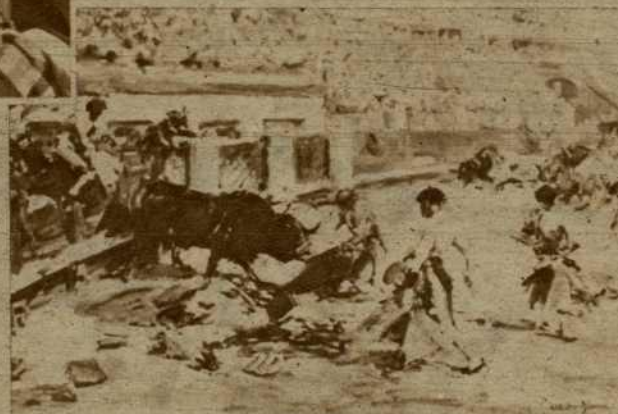
MIGUEL RODENAS



Don Marceliano Santamaría

«Al corral», cuadro de Roberto Domingo

DON MARCELIANO SANTAMARIA
lleva más de setenta y cinco años yendo a los toros, y no ha sentido la tentación de pintar un gran cuadro sobre la Fiesta Nacional. Según don Marceliano, es Roberto Domingo el pintor actual que mejor sabe interpretar la Fiesta pictóricamente



ME encuentro en Goya, camino del Tiziano, nos dice jovialmente don Marceliano, luego de unos afectuosos golpes en la espalda, esos golpes (en él no pueden ser golpecitos) tan característicos en él, y que a través de su charla se multiplican por nuestras rodillas, hombros y brazos. Es la manera como don Marceliano Santamaría, todo corazón, subraya sus frases, llanas, sencillas y sustanciosas como el pan, el vino y el queso.

Efectivamente: el maestro se encuentra en Goya... y va camino del Tiziano con paso firme y la mirada aún brillante de ilusión. Ahí están, en el Círculo de Bellas Artes, los últimos lienzos, debidos a su pincel, ya octogenario, y tan vigoroso y dócil como en los años mozos. Ahí están esas telas luminosas, en las que un espíritu que se resiste al tiempo canta alegremente su amor a trabajo, su vocación inmarcesible...

—¿Cuántos años lleva usted asistiendo a las corridas de toros, don Marceliano?

—Desde muy pequeño. Como ya he dicho en alguna ocasión, la primera vez que asistí a una corrida fui sacado en hombros. Y ello no porque hiciera una buena faena, sino para evitar el ser aplastado por la multitud, que se agolpaba en la angosta salida de la Plaza provincial.

—Llevando tantos años de aficionado en activo, ¿cómo es que no ha producido usted ninguna obra importante inspirado en la Fiesta Nacional?

—Pues la verdad es que no he sentido necesidad de pintar cosas de toros. Nunca se me ha ocurrido tratar ese tema, como asimismo tampoco he tocado los asuntos de militares. Sin embargo, allá en mis años mozos, hace unos sesenta, pinté algunas acuarelas, cuadros pequeños, en los que representaba alguna suerte taurina, una larga, un brindis, o bien escenas callejeras y pintorescas relacionadas con la Fiesta brava. Estos cuadros los pintaba, no como consecuencia de ser aficionado a los toros, sino que, al contrario, podía ser aficionado como consecuencia de mis acuarelas. Efectivamente: un abasciano llamado Henri Bauer me pagaba el abono a cambio de mis pinturas. Esto en los tiempos de la Plaza Vieja de la carretera de Aragón, a mi juicio el mejor monumento que había en Madrid, desde el punto de vista decorativo y arquitectónico. Yo propuse en la Academia reproducir para la Diputación, en maqueta, lo más exacta posible, esta gran obra del arquitecto Ayuso.

Cuando estoy en los toros me olvido por completo de la pintura. El espectáculo me absorbe por completo, con su gran pasión. Yo he conocido aquellos tiempos en que la excitación de los espectadores llegaba al extremo de arrojar ladrillos a los lidiadores, y nada más contrario que la excitación a la sosegada paz del campo, medido ambiente necesario para mi producción artística. A mí los toros me gustan con pasión. ¿Los toros? ¿Los hay ahora?... Usted sabe lo que es matar al volapié?

Y don Marceliano abandona su butaca, y citando a una silla, anarea con pureza clásica los tiempos de la suerte suprema, saliendo limpiamente del "volapié".

—¿Se ha fijado usted en cómo he jugado la izquierda? ¿Ha observado mi salida por los costillares? "Los toros se matan con la mano izquierda", y "Al que no hace la cruz con los dos brazos le hacen la Cruz". Estas dos frases axiomáticas parece que van siendo olvidadas. Esto, y que el toro es el primer elemento de la corrida. Por lo demás, hoy se torea bastante bien... pero casi siempre sin enemigo.

—Y bien, volviendo a lo de la pintura...

—Volviendo a lo de la pintura, le diré que, después de Goya y Lucas, muy pocos pintores han tratado ampliamente temas taurinos. Cuando estuve pensionado en Roma, vi pintar a José Villegas su gran cuadro *La muerte del torero*. Pero, en general, pocos han sido los que se han inspirado en la Fiesta Nacional.

—De los pintores actuales, ¿quién cree usted que ha acertado con más tino con la pintura taurina?

—Roberto Domingo. El hijo del gran pintor Domingo Marqués, viviendo en París con su familia, trató estos temas sin conocer aún la Fiesta de toros. Hoy, a mi entender, es quien ha sabido interpretar más acertadamente la belleza pictórica que lleva en sí nuestra singular Fiesta. Está acertadísimo en la técnica, un poco impresionista y suelta, empleada en sus cuadros y carteles, y hasta tanto no salga otro con más originalidad, inspiración y maestría, él va en vanguardia en su género.

¡Aquella tarde en que tomó la alternativa "Frascuero"!...

Y don Marceliano, palabra y acción, nos regala con una charla amenísima, en la que rivalizan la frase feliz y sentenciosa y el ademán pinturero. Pero ello no es el motivo de este reportaje.

SEBASTIÁN MENDEZ DELGADO

EL PASE DE MULETA AYUDADO

Al rematado por alto le llaman ahora «estatuario». Los buenos matadores de toros, finalizándolo por bajo, le ejecutaban como tanteo

No está de más, ahora que los cosos taurinos se hallan cerrados porque la estación invernal así lo ha dispuesto, dedicar unas líneas a las diferentes suertes en desuso y a otras que, desorientando a los aficionados, han sido bautizadas con nombres impropios.

En el primero de los casos encuéntrase el pase ayudado.

No es menester consultar con Dictionarios ni Tratados tauromáquicos para explicar a nuestros lectores las características del expresado pase.

Pero por si existiera alguno que estimara que tal suerte la realizaba un torero con la ayuda de otro, es conveniente que sobre su ejecución hagamos algunas aclaraciones.

El pase ayudado es aquel que teniendo el lidiador cogida la muleta con la mano izquierda, le ayuda con la espada, que empuña la derecha, dando con ello más largura y amplitud de vuelo a la roja franela en el preciso momento de que el toro va embebido en ella.

Me parece que esto está más claro que un vaso de agua filtrada.

¿No es así? Pues adelante, y no con los faroles, porque no se trata en este histórico momento de este otro lance.

Colocado el torero en su terreno, de espaldas a la barrera y dando las afueras a la res, al avanzar ésta por su viaje natural, después de ser citada previamente, el diestro, en el tercer tiempo del pase, le remata por alto o por bajo, según las condiciones del toro, si el lidiador no le ejecuta a tontas y a locas.

Este pase rematado de la primera manera, espectacular y «ferroviario», fué hace años llamado de distintas maneras.

El inolvidable crítico taurino Angel Caamaño, «El Barquero», le bautizó con el nombre de «pase del Celeste Imperio», por lo que tenía de cuento chino.

Más acertados estuvieron otros revisteros —entre éstos «Don Modesto»— al titularle de «guardabarrera», porque en realidad la ejecución del pase daba la sensación de ver a un guardabarrera con



El pase ayudado rematado por alto, citando el diestro con la parte posterior de la muleta. ¡El «tren» pasa por la vía, y el «guardabarrera» levanta el banderín indicando que no hay peligro!

¡Ahora se le llama «estatuario»! (Foto Ortiz)

el banderín, colocado al lado de la vía, dando paso por ésta a un tren, sin pitones, claro está, pero con sus dos toques en la parte delantera de la máquina.

Este pase ayudado, y por alto rematado, se ejecuta actualmente por toda la torería como inicial de las faenas con la muleta y, desde luego, si el fiero bruto no viene arrancando desde su terreno haciendo «eses». En este caso, el pase brilla por su ausencia, por si las moscas, porque para su instrumentación se precisa el toro, el medio toro o el torete, llamado de «carril».

El pase, que hace furor entre los que no ven más allá de sus más o menos pronunciadas napias, se le llama por los críticos y corresponsales «estatuarios», y los espectadores profanos, que acuden a las Plazas por pasar el rato, se tragan la píldora con espantosa facilidad.

Más mérito tiene el tantas veces repetido pase cuando es rematado por bajo, en el fondo de una faena.

Y por tener más mérito, porque el torero ya tiene que templar con la «flámula» —como decían los «revisteros» de épocas lejanas—, llevando en ella embarcada al cornúpeto, es por lo que se encuentra en desuso.

El pase de esta manera rematado es muy bonito y muy torero. Antonio Bienvenida, en su última corrida de los seis toros en el coso madrileño, la ejecutó maravillosamente, con una rodilla en tierra, como le daba aquel torerazo, ya sexagenario, Rafael «El Gallo».

En muy contadas ocasiones se ve este pase, que en realidad, más que de adorno, es de tanteo.

Cuando la estocada era el eje del torero, los matadores que cimentaban su fama en el llamado momento supremo de la Fiesta, no prescindían en las faenas del ayudado, rematado por bajo, más o menos artísticamente ejecutado, porque la finalidad de él era observar, tantear, cómo pasaba el bovino por su lado derecho, lado por el que tenía después el torero que pasar también, en sentido contrario, al entrar a matar, derecho y vaciando a la res, dándole salida al hacer el cruce, segundo tiempo del volapié.

Como Martín Vázquez, «Machaquito», Vicente Pastor, «Regaterín», Malla y otros famosos estoqueadores que no es preciso citar, no prescindían, toreando con la muleta, de ponerle en función con la finalidad expuesta y no para complacer a los espectadores con su vistosidad.

Por el año 1910, Manuel Mejías, «Bienvenida», padre de los actuales matadores de toros, resucitó la olvidada suerte de matar recibiendo.

Gran revuelo causó entre los críticos y los aficionados el inesperado suceso, y sobre tan meritoria suerte se habló mucho y se escribió más.

Es conveniente advertir que en las épocas de ejecutar bien la suerte de matar, los toreros procuraban cargar, empujando la muleta con la izquierda mano, toda la faena sobre el lado, también izquierdo, del toro, para que éste no se resabiese ni adelantase por el derecho, dejando franco el paso al espada en el emocionante momento de la reunión.

Para matar toros recibiendo a toda ley, sin tranquilos ni marrullerías, se debe torear con la muleta al natural, con la mano izquierda, ejecutando el



Vicente Pastor, rematándolo por bajo y observando cómo pasa el toro

También, y con igual finalidad que Vicente, lo instrumentaba «Machaquito»



Pero Belmonte, al finalizar el pase, lo hacía con una rodilla en tierra (Foto Baldomero)

pase de pecho, para ver cómo pasa el toro. Escrito está, lo saben los toreros y no lo ignoran los buenos aficionados. Por consiguiente, no descubrimos nada nuevo.

En conversación sostenida, hace ya años, con el citado Bienvenida sobre tan importante suerte de matar, nos dijo que él, además de los citados pases, no prescindía del ayudado, por bajo rematado, porque siendo más largo y más prolongado que el de pecho, le permitía observar mejor cómo pasaba el toro para después recibirle.

En lo firme se hallaba el señor Manuel, y por eso no hemos vacilado en llamarle de tanteo.

Mas como hoy la estocada quedó relegada al último lugar del toreo, no preocupándose los lidiadores, por lo general, de matar con toda su pureza ni a volapié ni recibiendo, el pase motivo de este sencillo reportaje sin pretensiones de carácter doctrinal, hállese en desuso, y sólo le vemos en los anillos de higos a brevas, con una finalidad distinta.

No vamos a terminar sin dedicar un espacio al absurdamente llamado «derechazo».

Si, porque no hay que confundir la gimnasia con la magnesita, ni a Dorotea con Teodora.

No es pase ayudado el que se ejecuta con la mano derecha teniendo ésta al mismo tiempo la muleta y la espada, si bien ésta ayuda a aquélla a darle más extensión ante la cara del bruto; ni tampoco el natural, con la zurda, cuando con el mismo fin el estoque, llevado en la diestra, se interpone entre el toro y el torero.

En ambos casos se trata sencillamente del pase natural, admitido en los Tratados tauromáquicos, pero restándole toda su pureza, porque el verdad, el considerado como oro de ley, es el que se realiza con la muleta en la extremidad superior izquierda del cuerpo humano, y el estoque o espada en la mano de «cobrar, como también decían los cronistas en puntas de tiempos pretéritos.

El «derechazo» fué un modismo o una manera piadosa empleada por ciertos críticos para disimular la falta de belleza o estética de Villalta cuando violentamente ejecutaba el natural con la derecha.

Conste, amados lectores, que no trato de empujear ni enturbiar la limpia historia del torero de Cretas, porque donde se cite el nombre de los lidiadores que en la historia de la Tauromaquia escribieron páginas plétóricas de pundonor y de vergüenza profesional, el del bravo Nicanor ocupará un lugar preferente.

Y nada más, estimados aficionados, sobre el pase ayudado, rematado por alto o por bajo.

Ahora, solicito tu benevolente «ayuda» por si encontrases pesado este trabajo que brotó de los puntos de mi pluma, a los cincuenta y tantos años de ver toros y toreros, sin consultar Dictionarios ni tauromáquicos Tratados.

DON JUSTO



He aquí el natural con la izquierda, restándole mérito al ser «ayudado» con la espada (Foto Martí)



El natural, con la derecha, de Villalta, violento, que tampoco es ayudado y al que se bautizó con el nombre de «derechazo», para tapar su imperfección (Foto Martí)



Enrique Thomas de Carranza



Manuel Aznar (hijo)



José Rodolfo Boeta



Aníbal Arias Ruiz

Una encuesta sobre el "micro" taurino ¿Sí o no, a la radiación de las corridas?

La verdad es que la afición taurina está en auge. Como la futbolística. Estadios y cosos taurinos se han quedado pequeños. Hay más que palabras para conseguir un tendido alto o una lateral de fondo, no ya en las grandes solemnidades de ambos espectáculos, sino, simplemente, cuando en ellos se ventila la más mínima esperanza de emoción.

Muchos, pues, son los aspirantes a espectadores y bastantes menos las localidades en taquilla. Muchos los llamados por la afición y pocos los escogidos por el azar o por las recomendaciones —que de esto también sabemos algo—. Total: una gran masa de aficionados ha de conformarse con leer la reseña de la fiesta en los periódicos o seguir el espectáculo por el ventanal auditivo de la radio.

Dió extraordinario resultado la transmisión de los partidos. Radioescucha hubo que murió de un ataque cardíaco. Y ahora está en el primer plano de la actualidad taurina el sí o no a la radiación de las corridas.

Y como veñ más seis ojos que dos, en vez de hacer un análisis personal del importante tema, he preferido que expresen su criterio las personas convocadas a esta encuesta. Ellas tienen la palabra y la responsabilidad de sus juicios.

Habla Enrique Thomas de Carranza, director de Programas y Emisiones de Radio Nacional de España.

ENRIQUE Thomas de Carranza, director de Programas y Emisiones de Radio Nacional de España, opina así:

—Quien, en definitiva, ha de decidir si interesa o no la radiación de las corridas de toros es el aficionado a la Fiesta. Yo, por mi parte, he podido comprobar numerosas veces —sentado en el buriladero, junto al locutor— las efectivas posibilidades descriptivas de la lidia.

Que al aficionado le interesa la radiación me ha sido confirmado por las realizadas a través de Radio Nacional. No hace mucho recibimos demanda de Méjico para retransmitir las corridas españolas. Y tan favorable debe ser la acogida dispensada a esta clase de emisiones, que llegaba la estación mejicana a solicitar la transmisión por cable, sufragando a sus expensas los no pequeños gastos.

Por lo que concierne a la Empresa, es un hecho comprobado que las radiaciones no disminuyen el número de espectadores. Véase, si no, lo sucedido con los teatros, que al flojear la entrada solicitan la radiación, que prolongará unos días la vida de la obra en el cartel.

Manuel Aznar, jefe de Programación de Radio Madrid, dice:

Manolo Aznar, jefe de Programación de Radio Madrid, se expresa de este modo:

—¿Sí o no, a la radiación de las corridas? En general, creo que no. En la corrida de toros me parece esencial la visión del espectáculo, cosa imposible de conseguir actualmente en la radio. Hay una vieja ley de radio que dice: «Escenario de radio-imaginación del oyente.» Esto es exacto. Pero yo no sé hasta qué punto puede uno imaginarse, oyendo la transmisión de una corrida, lo que ocurre en la Plaza. Con esto ocurre lo mismo que con otros espectáculos que están contruidos especialmente para ser vistos, no para ser oídos. Aparte de ello, la luz, el color, el ambiente, la masa de gente que llena la Plaza, contribuye mucho a fijar en su asiento al espectador de toros, dándole un estado de ánimo que no puede tener el radioyente, porque no hay que olvidar que la radio, contra lo que cree mucha gente, no se dirige nunca a grandes masas, sino a un individuo solitario, reconcentrado en sí mismo y que no puede contagiarse con la psicología de la multitud. Y hay que tener en cuenta, desde el punto de vista de la radio y del oyente, que las corridas son muy largas y lentas de transmitir. No serán muchos los oyentes que escuchen la transmisión hasta el final.

José Rodolfo Boeta, jefe de Programación para España de Radio Nacional, expresa:

José Rodolfo Boeta, jefe de Programas para España de Radio Nacional, responde:

—La contestación ha de ser forzosamente afirmativa, puesto que el público ya se ha pronunciado favorablemente en los intentos llevados a cabo por nuestras estaciones. Evidentemente, la retransmisión no priva a la Fiesta de toros de sus esenciales condiciones de emoción, interés y personalidad. Las transmisiones efectuadas recientemente por Radio Nacional de España despertaron extraordinaria expectación, fueron seguidas por una masa fabulosa de aficionados y resultaron en sí un espectáculo interesante, ya que las incidencias de la corrida, el constante coro del público con sus distintos planos, e incluso los indicativos sonoros de los cambios de suerte y la banda de música, ofrecen una impresión fidedigna y colorista del espectáculo. En una de estas corridas retransmitidas, concre-

tamente, en San Sebastián, el verano pasado, se asomó al micrófono, en un descansillo de la lidia, el desventurado «Manolete», que dijo aquellas frases que luego habían de resultar proféticas: «¿Qué ganas tengo de que llegue octubre!» Ese octubre que no llegó para él.

Es cierto que la piedra angular de las retransmisiones taurinas está en el locutor, que ha de aunar condiciones excepcionales: especialización, dominio del «argot» taurino, vigor y colorido en la expresión, ingenio, dinamismo y, en suma, capacidad para reflejar el exacto desarrollo de la corrida.

Aníbal Arias, director de Radio S. E. U., informa:

Aníbal Arias, director de la emisora Radio S. E. U., informa así sobre el tema:

—Sí. Las corridas deben retransmitirse como toda clase de espectáculos. Nada más absurdo que esa creencia de que así se resta público a la Fiesta. En los tiempos actuales de la radiodifusión se ha demostrado hasta la saciedad que el aficionado a los toros, como el aficionado a otros espectáculos o deportes, jamás cambiará el placer de ver por la simple referencia de escuchar. En este terreno, la radio sólo satisface al curioso, que muchas veces se torna en aficionado merced a la retransmisión, o sirve el interés del aficionado que por cualquier circunstancia superior a su voluntad no puede asistir al espectáculo. Lo que ocurre es que la verdad, esa verdad sobre la actuación personal del torero en la Plaza, resulta con la retransmisión imposible de ocultar bajo propaganda alguna. Y esto tal vez sea el mayor inconveniente.

Matías Prast, locutor de Radio Nacional, responde:

Matías Prast contesta:
—Sí. Admitiendo el enorme porcentaje de aficionados a los toros que en España existe, estimo que no deja de ser interesante la presencia activa de un micrófono al borde del ruedo; la radio cumple allí una misión informativa. El aficionado no asistente, por cualquier causa, al festejo, y que luego habría de inquirir con avidez lo que pasó, sabe, por la radio, lo que pasa, en el preciso instante en que está pasando. Ahí es nada. Además, la no visión del espectáculo por parte del radioescucha la suple éste con su propia imaginación, es-



Matías Prast



Rafael Rivelles



Antonio Medio



Tomás



Paco Muñoz

timulada por la palabra del locutor. Y, sobre todo, no hay que olvidar que el oído del radioescucha está totalmente dentro del ámbito del espectáculo y hasta en una posición de privilegio, puesto que escucha muchas veces la opinión de los toreros después de la gran faena o de la lidia del «bicho» difícil.

Así informaron los técnicos de la radio. Y, antes de que hablen los toreros, habla la afición:

Rafael Rivelles, escéptico en la Radiación de las corridas

—Creo que la Fiesta es un espectáculo estrictamente visual —asevera Rafael Rivelles—. La auténtica emoción taurina es la que vibra en los tendidos, frente al ruedo, círculo exacto de color y sangre. Por muy inteligente que sea un locutor, nunca llegará a matizar en toda su grandiosidad la gracia y tragedia de nuestra Fiesta. Por eso me siento un poco escéptico sobre el éxito que pueda tener la radiación de corridas. De todas formas, en España no aumentará la afición, porque aficionados lo somos todos los españoles.

Antonio Medio, nueva edición de Hamlet

Cuando en el vestíbulo del teatro Calderón disparo a Antonio Medio mi interrogante, el gran artista se me queda mirando fijamente; hasta que por fin, me contesta:

—Pues, verá: yo diría que sí y que no. Y diría que sí por aquello de que «a falta de pan...». Bueno, quiero expresar que entre no enterarse de una corrida hasta leerla en la Prensa, o seguirla paso a paso a través de la radio, no hay duda; vengan las transmisiones de la Fiesta. Pero, por encima de todo, la más plena emoción de las corridas está en el ruedo. Si ya existe una extraordinaria diferencia entre escuchar un concierto en la sala o a través de receptores, ¿qué no la habrá en los toros, espectáculo visual por antonomasia?

Tomás tiene la palabra

Tomás, el castizo y popular Tomás, representante, en la encuesta, del más puro madrileñismo, replica en seguida a mi pregunta:

—Sí, señor; claro que se deben radiar las corridas. Y el que no quiera, que no las oiga. Pero el que por falta de «tela», o por cualquiera otra causa, tiene que quedarse en casita, se conformará con saber lo que está pasando en la Plaza. Además, que como están de moda los sucedáneos, ¿por qué no se van a radiar las corridas? Yo sólo sé decir que aquí en el establecimiento, siempre que se han radiado corridas, hemos tenido llenos que para sí quisieran todos los teatros de Madrid. Y, además, que el público no se separaba del receptor hasta terminar la radiación.

Así habló la afición. Corresponde ahora a tres magníficos representantes de la torería española

expresar sus juicios sobre el tema. Rompe fila Paco Muñoz.

Paco Muñoz, o la indiferencia

Paco Muñoz, contesta rápido:

—La verdad es que no me he preocupado nunca de pensar sobre esto de la radiación de las corridas. No creo, sin embargo, que esto reste espectadores a las Plazas; e incluso es posible que origine nuevos aficionados. Particularmente, no tengo que hacer ninguna objeción a ese oído gigante que es la radio. Si a través de él los radioescuchas perciben los pitos, también pueden captar los joles y aplausos. Y con quedar bien en la Plaza, no hay por qué preocuparse de lo demás. A pesar de todo, creo que la Fiesta es espectáculo para ser visto; también nos pueden contar una película, y no es lo mismo que verla. Digo yo.

«Parrita», o la tranquilidad

«Parrita» es conciso y diáfano en la respuesta. Que formula de este modo:

—No me preocupa la radiación de las corridas. Si uno está bien o mal, con transmisión o sin ella, se entera la gente. Y, por lo menos, cuando se está bien, es una publicidad gratuita muy digna de tomarse en consideración. Por lo único que siento que se radien las corridas es por la familia. Puede comprenderse el trance que es para ella. Por lo demás, creo que se popularizarán las retransmisiones taurinas: el ejemplo ya lo tenemos en Méjico.

Y Luis Miguel Dominguín, o el humor

Cierra con broche de oro la encuesta Luis Miguel Dominguín, quien se expresa por el registro humorístico.

—¿Sí o no, la radiación de las corridas? Pues sí, a las que uno está bien. Y no, cuando la suerte se vuelve de espaldas. La radio es muy caprichosa: la «pita», o la «bronca», puede o sonar muy poco o estentóreamente en los receptores: es sólo el problema de intensidad de sonido. Lo mismo sucede, es cierto, con el aplauso; pero, en fin, creo que se seguirán radiando corridas; lo que nosotros, los toreros, y la afición, debemos pedir es que los locutores taurinos sepan mucho de toros, mucho de corridas, mucho de la lidia y sepan también expresar lo que pasa en el ruedo con emoción, interés y fidelidad. Esto, que no es poco, es lo que, a mi modo de ver, hace que la especialización de locutor taurino sea muy difícil. Y nada más: aunque a mí eso de la radio me parece que está en el aire, me preocuparé de quedar bien en el ruedo, para que el radioescucha quede complacido.

Esto dijeron las personas a quienes solicité su juicio sobre la radiación de las corridas. Y esto transcribo.

F. HERNANDEZ CASTANEDO



«Parrita»



Luis Miguel Dominguín

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



AUNQUE sea con retraso, bien justificado por la lentitud y la irregularidad con que llegan los diarios y revistas de México, vale la pena comentar las actitudes y críticas suscitadas por la muerte de «Manolete» y por la «resurrección» de «Joselillo» en el país hermano.

Era ya conocido el hecho que se produjo en la Plaza Monumental de México en el primer espectáculo taurino que en ella se celebró después de la gravísima cogida del infortunado novillero hispanomejicano «Joselillo», y eran también conocidos en extracto los artículos y reportajes que se publicaron con tal motivo. Se sabía, en suma, que los médicos que intervinieron qui-

rúrgicamente a «Joselillo» habían sido objeto de un apoteósico homenaje por su sapientísima y casi milagrosa operación, y que esto había sido utilizado para censurar con sin igual dureza a los médicos españoles y portugueses que actuaron en los casos tan lamentados de «Manolete» y «Carnicerito de México», y aun se recordaba el no menos lamentado del año anterior del pundonoroso Eduardo Liceaga, ocurrido en San Roque. Lo que ignorábamos y no podíamos ni suponer —al menos, el autor de estas líneas— a qué extremos despreciativos habían llegado las censuras para nuestros ilustres médicos y sus no menos ilustres colegas portugueses.

De entre todas las publicaciones ojeadas, resalta por su ciego apasionamiento un reportaje de «La Fiesta» —revista por la que siento una verdadera predilección, y que estimo merece la de todos los españoles que la conozcan—, firmado por Juan Gallardo, del que acotamos y recogemos los siguientes párrafos: «... los recientes fracasos de médicos inexpertos o ignorantes, *haciéndose bolas* en los trágicos y lamentabilísimos casos de «Manolete» y «Carnicerito», falleciendo unas cuantas horas después de ser heridos y a consecuencia de lesiones de mucha menor importancia que esta histórica de «Joselillo»...» «En verdad, si acudimos a la comparación de uno y otro caso, lógico resulta pensar y resolver el hecho de que «Manolete» y «Carnicerito» a estas horas estarían toreando o viviendo simplemente, de haber caído en las doctas manos de estos médicos mejicanos, expertos y hábiles en materia de cornadas. Por desgracia, como ocurrió asimismo en el caso de nuestro compatriota Eduardo Liceaga, también en estos lamentabilísimos percances (los de «Manolete» y «Carnicerito») los elementos de ciencia resultaron escasos...»

Así continúa el articulista para hacer el panegirico de los ilustres médicos mejicanos y la execración de españoles y portugueses, y aun llega, para culminar sus propósitos, a recoger la opinión «sensata» de otro doctor mejicano, el señor Ernesto Letayf, «externada en las columnas de un diario vespertino, reafirmando el triunfo científico de los cirujanos mejicanos, haciendo análisis comparativo de esta bárbara cornada (la de «Joselillo»), curada sólo en cuatro días, y las de «Manolete» y «Carnicerito», de menor importancia indiscutiblemente, con la pérdida de ambas vidas».

El comentario, tras el trágico colofón de la muerte de nuestro desventurado compatriota «Joselillo», puede quedar, sin duda, al comentario del lector; pero me gusta decir, por mi parte, para conocimiento de médicos y periodistas mejicanos, que nuestros cirujanos y nuestros periodistas no han emitido ninguna opinión desfavorable a los ilustres doctores que asistieron a «Joselillo».

Se limitan a poner a Dios sobre todos los humanos designios.



DEL RUEDO AL CINE

La exhumación de la gloria al recordar un acto heroico.—Fue realizado, en 1927, por el novillero VICTORIANO GIRALDO



Victoriano García Giraldo en traje de luces en 1927

DE los cientos de toreros que en todas las épocas han pisado los ruedos taurinos, pocos, muy pocos, son los que pasan a la posteridad, para que luego al nombrar a «Pepe-Hillo», «Curro Cuchares», «Machaquito», Vicente Pastor o «Manolete», una ráfaga de recuerdos, de tardes triunfales o de gloriosas faenas, queden perennes en el recuerdo de los aficionados, reseñado en las crónicas taurinas, o queden con letras de molde en soberbios libros escritos por relevantes figuras de la pluma. Pero hay otros anónimos toreros cuyos sueños de gloria fueron truncados y cuyo recuerdo no podrá ser otro que una foto con traje de luces, una faena en cualquier Plaza de pueblo testificada con una amarillenta foto o el viejo cartel que, al correr el tiempo, recuerda al poseedor lo que pudo ser y no llegó.

Y entre estos toreros, que sacrifican también su vida en aras de una popularidad que nunca llega, está Victoriano García Giraldo.

¿Quién es y por qué viene a estas páginas el nombre de Victoriano García Giraldo? ¿Ha sido un «Bombita»? ¿Acaso realizó faenas como las de Vicente Pastor o «Manolete»? No; si hubiera sido famoso, si se hubiera retirado con gloria y dinero, una y otra vez los periodistas hubiéramos recordado «aquella figura grandiosa del toreo de hace veinte años». Pero Giraldo, en su época, fue uno de tantos novilleros en busca de la gloria. No la

encontró; pero hizo el acto heroico que hoy vamos a exhumar, porque el recuerdo y el agradecimiento imperecedero de una mujer ha puesto de actualidad al torerillo madrileño, que se jugó un día la vida por salvarla.

¿Novela? ¿Guion de cine? Nada de eso. Realidad. Así nos lo ha contado «Curro Meloja» desde la antena de Radio Madrid. Al escritor taurino se dirige, desde un pueblecito castellano, una muchacha, preguntándole «si todavía vive y torea un novillero que, en mayo de 1927, arriesgando su vida, salva a unas niñas que iban a ser acometidas por un toro que se escapó de la improvisada Plaza».

Ese era el recuerdo y la fecha, pero no se daba el nombre. «Curro Meloja» bucea en el famoso libro «Tauromaquia», de Cossío, y nuestro ilustre colaborador relata el hecho así: «Victoriano García Giraldo».

Hemos oído la emisión a que hacemos referencia, y por una de esas casualidades hemos averiguado que el torero de ayer es hoy uno de los ayudantes de dirección de los Estudios Roptence.

Efectivamente, me ha causado gran sensación oír mi nombre en una charla taurina, porque preguntaba por mí una señorita. Fui, efectivamente, yo el torero que se cita, y ocurrió el hecho en el pueblecito de Vega de Ruitonee, de Valladolid.

—¿Puede darnos detalles del suceso?

—Fue el año 1927. Había toreado yo, aquella temporada, desde el Sábado de Gloria, algunas corridas. Contratado para matar tres morlacos, me presenté con la cuadrilla en el pueblo.

Salía de la fonda para el Ayuntamiento a cobrar los honorarios, según costumbre, y en la calle veo carreras y gritos. De pronto me encuentro con uno de los novillos que, desbandado, iba a acometer a un grupo de niñas. Rápido, percatándome de lo que ocurría, no me dió tiempo nada más que para interponer la americana ante la cabeza del novillo, y lo desvíé de su objetivo. Me volteé varias veces; pero, por fin, acosado y espantado, huyó el animal al campo. Fui recogido en hombros, y esa fue mi primera ovación de aquella contrata. Agasajo en el Ayuntamiento; me hicieron hijo adoptivo del pueblo, y hasta en los periódicos de aquella fecha se llegó a pedir la Cruz de Beneficencia. Por cambio de alcalde, o no sé qué cosas, aquello no prosperó; pero yo me di por satisfecho con aquel acto, que otro, en mi lugar, hubiera hecho como yo.

—Por la tarde sería un triunfo, ¿verdad?

—Fijese; fue la comidilla de todos, y ya con la aureola del héroe, la tarde se presentaba triunfal. Estuve regular en los dos primeros; pero al que yo le tenía «hinchá» fué al de por la mañana, que se pudo encarrilar al toril. Salí el tercero, y si por la mañana me volteé tres veces, por la tarde volví a hacerlo otras dos, tenía unas intenciones!... pero me las iba a pagar todas juntas. Una faena breve, y me volqué en un volapié que levantó al público de los asientos. Cayó redondo, y me dieron las orejas.

—¿Y ahora?...

—Aquella ilusión del toreo pasó, y ahora en el cine, gano el sustento, además de ser funcionario del Estado.

—Entonces hará su película de toros, ¿no es cierto?

—Soy ayudante de dirección hace años. Tengo un guión de tauromaquia cuyo tema no se ha tocado aún, porque, desgraciadamente, lo que se ha hecho de toros, todo el mundo ha coincidido, no se ha logrado. Tal vez con mi experiencia taurina y mis conocimientos del cine, consiga algo bueno. Veremos, veremos.

Esta ha sido la pequeña historia del que soñaba con emular a Vicente Pastor o «Bombita», y vive feliz trabajando para el cine. La gloria pasó un día por su lado; fué héroe popular, y hoy, una señorita, ayer niña, recuerda al hombre, al torerillo que le salvó la vida para inquirir detalles de él. Ahí está. Ayer y hoy. Con el traje de luces de los recuerdos taurinos y junto a la cámara tomavistas del cine moderno. Del ruedo al cine. Buen título de película española.

JOSE R. VALIENTE

(Fotos Pacheco)



Victoriano García Giraldo en la actualidad, durante el rodaje de un film

Ganaderos
de
antao

DON EDUARDO MIURA

MEDIO siglo tenía ya la ganadería de Miura cuando, por fallecimiento de don Antonio, hubo de hacerse cargo de la misma su hermano don Eduardo.

Casi cincuenta años llevaba la vacada produciendo toros finos, largos, flexibles, ágiles, duros y bravos, muy diferentes en conformación y hasta en condiciones de lidia a los de las demás castas o variedades existentes por las distintas regiones españolas. Un tipo único, exclusivo, «sui generis», nació de la mezcla de sangres que, quizá al buen tun tun, combinó entre los años 1842 al 1854 el conocido sombrero sevillano don Juan Miura en un cortijo de Carmona. Primeramente inicia la ganadería con doscientas veinte hembras y varios machos de Antonio Gil Herrera; después la aumenta con doscientas vacas y ciento sesenta y ocho becerros de José Luis Alvereda, reses todas oriundas de los Gallardo del Puerto; más tarde adicione cien novillos de Cabrera, y luego, el resto de esta ganadería, procedente de casta vazqueña, y, por último, tras continuados expurgos en las considerables piezas, cruza las mejores vacas con dos sementales de José Arias de Saavedra, que llevan en sus venas la sangre de Vistehermosa.

En 1860, y en pleno desarrollo la vacada, fallece su fundador; al año siguiente muere también doña Josefa Fernández, esposa de don Juan, pasando la ganadería al hijo mayor del matrimonio, don Antonio, quien en realidad era el que la cuidaba y dirigía desde su fundación. En poder de este señor, el apellido Miura comienza a adquirir celebridad. Un desgraciado accidente ocurrido en la Plaza de Madrid el 20 de abril de 1862, primera vez que don Antonio lidia toros a su nombre en el ruedo de la Puerta de Alcalá, abre la compuerta por la que impetuosamente empieza a correr la trágica fama de las reses de Miura. El primer toro de la tarde, «Jocineiro», destroza el corazón al valiente espada «Pepe-te». Igual pudo haber sido el causante del drama un colmenareño de Bañuelos, Ales o Mazpule; un toro del duque u otro cualquiera de Andalucía, del Jarama o de Navarra. Pero estaba escrito había de ser de don Antonio Miura, para que la divisa encabezase desde ese día la triste popularidad que posteriormente habría de ir en aumento.

No faltaron, a raíz de aquella desgracia, quienes —al objeto de desacreditar una ganadería de la cual iban corridos en sus cuatro lustros de vida más de mil cien bichos sin otros contratiempos que los corrientes y naturales— hiciesen circular el infundio de que el señor Miura echaba a los toros, para enseñarles a cornear mejor al bulto, peleles de trapo o dominguillos. Sin embargo, no pudo crecer la mala hierba donde todo era trigo limpio. Pero otra cogida mortal a los doce años de la anterior —25 de mayo de 1875—, también en Madrid, de la que resultó con la yugular seccionada por el pitón de «Chocero» el banderillero Mariano Canet, «Yusio», vino a remover antiguas y erróneas suposiciones, dando mayor popularidad y cartel a los animales de la vacada andaluza.

Mas si todavía era poca la terrible fama de que

disfrutaban los miureños, salió, en la Plaza de Málaga, el 31 de agosto de 1877, un toro llamado «Gorrete», fino como el coral, largo como un exprés, elástico como la goma, buen mozo, ágil, poderoso, de sentido... ¡Y allí fué Troyal Mató siete caballos; estrelló contra las tablas a «Badila» y «Agujetas», enviándoles a la enfermería; volteó dos veces al «Espartero»; hirió a Juan Molina; dió un fuerte varetazo a «Lagartijo», una cornada a «Torero», y enfrontiló, derribándoles, a «Manene» y a Mazzantini...

Deseando don Antonio llegar a conseguir una mayor uniformidad en el bravo, pero desigual temperamento de las reses, hizo intervenir dos sementales extraños. Y en la primavera de 1879 cruzó un lote de vacas con un becerro castaño, ojinegro y de muy buena nota, regalo del duque de Veragua, haciendo lo propio con otra punta de hembras y un toro retinto de la ganadería navarra de Pérez Laborda; ligas que, a la larga, aumentaron la diversidad de caracteres individuales. En



Don Eduardo Miura

Un toro de antao y un picador también de ayer. El «pavo» es de don Eduardo y empuja codicioso, mientras «Zurito», con arreglo a los cánones, le castiga en lo alto, procurando que doble el cuello para despedirle por delante. ¡Y en aquella época no existían petos!

1893, al cabo de treinta y un años al frente de la vacada, falleció don Antonio Miura, haciéndose cargo de aquélla don Eduardo.

Y en esta tercera etapa las reses miureñas alcanzaron el máximo renombre, acrecentando el terrorífico cartel que ya tenían. ¡Miura! Las cinco letras del famosísimo apellido nunca llegaron a tan altas cumbres como en vida de don Eduardo. Por la entereza y seriedad que presidieron todos los actos del concienzudo ganadero; por la afición y suficiencia demostradas en la crianza de los toros y la magnífica presentación de los mismos; por la dureza y el sentido que acusaban en la lidia; por su poder y bravura y por la denominación de «toros de la muerte», aplicada a los bichos por el vulgo, don Eduardo fué el ganadero más conocido y popular de finales del siglo XIX y principios del XX, y su divisa, aureolada por la tragedia, la más solicitada por públicos y empresarios.

Los miuras que del cortijo «El Cuarto» salían para las Plazas eran los auténticos toros de lidia que no se prestaban así como así, a espectaculares adornos, fáciles con otros toros. Para andar entre aquéllos se requería patente de torero en la amplia extensión de la palabra, y saber lidiarlos, quebrantarlos —haciéndoles crujir los huesos— y rendirlos o dominarlos a fuerza de inteligencia y de valor, antes de intentar la suerte bonita o el gesto de relumbrón dedicados a la galería.

«Bombito», castaño, marcado con el número 129. Hermoso y bravo ejemplar de don Eduardo Miura, lidiado el 16 de septiembre de 1910 en San Sebastián y estoqueado por Vicente Pastor

La satisfacción de don Eduardo consistía en presentar reses bravas y pujantes, y que, al mismo tiempo, ofreciesen las dificultades propias del verdadero toro de lidia. Pues el mérito de los espadas estaba precisamente en saber resolverlas artística y gallardamente.

«Perdigón» terminó con «Maoliyo, el Espartero», el 27 de mayo de 1894, en el ruedo madrileño, por impericia del infortunado espada; «Receptor» causó la muerte a Domingo del Campo, «Dominguín», el 7 de octubre de 1900, en Barcelona, al salir el toro suelto de una vara y tropezar casualmente con el diestro, y «Agujeto» segó la vida de Faustino Posada el 18 de agosto de 1907, en Sanlúcar, al confiarse el torero en la suerte suprema y volver repetidamente la cara hacia el tendido, dando tiempo a que el toro se le fuese encima rápidamente.

¡Bien sentía don Eduardo Miura todas aquellas tragedias que iban tejiendo cada vez más tupidamente la áspera y negra leyenda de los toros por él criados!

Pero lo que mayor irritación y amargura causaron en el ánimo del acreditado y celoso ganadero fué el veto a su divisa, allá por el año 1908. Un veto injusto, suscrito por varios matadores capitaneados por las figuras de aquel tiempo, «Bombito» y «Machaquito», exigiendo a las Empresas dobles honorarios cada vez que tuviesen que matar toros de Miura.

¡Como si se tratase de animales apocalípticos que se tragaban vivos a los coletudos!

Cerca de un cuarto de siglo —de 1893 a enero de 1917, fecha de su fallecimiento— disfrutó el ilustre y competente ganadero sevillano la vacada más famosa de todos los tiempos; la de la negra leyenda, cuyo halo trágico, por imperiosos mandatos del sino, había de continuar centelleando lúgubremente —la ganadería, ya en manos de los hijos de don Eduardo y después en las de su nieto— hasta nuestros días.

Sustitución de imágenes, o lo que puede la superstición



Altar de Nuestra Señora del Carmen en la capilla de la Plaza de Toros de Las Arenas, de Barcelona

La Virgen es una sola con cualquiera advocación; pero, ¿quién vió a la del Carmen supliendo a la Concepción?

AHORA mismo lo vamos a ver; pero es necesario hacer antes un poco de historia.

El circo taurino barcelonés que lleva el nombre de Las Arenas se halla enclavado en uno de los más bellos parajes de la Ciudad Condal, en la plaza de España, y desde él se disfruta de una magnífica perspectiva urbana, pues frente al mismo puede contemplarse la espléndida avenida que da entrada al Parque de Montjuich, en cuyo fondo, sobre una eminencia, se alza el gran Palacio Nacional de la Exposición de 1929, destinado hoy a Museo de Bellas Artes.

Esta Plaza de Las Arenas es una sólida construcción de estilo árabe, que, por su belleza de líneas y la proporción armónica del conjunto, puede considerarse como una de las mejores de España; tiene cabida para quince mil espectadores, aproximadamente; pero como en la Monumental caben muchos más, en ésta —cuyo aspecto desmerece de la primera—, y bien a mi pesar, se celebran la mayor parte de los espectáculos taurinos que vemos los aficionados residentes en la capital de Cataluña.

Y digo a pesar mío, porque mi domicilio —que es el tuyo, lector— se halla de Las Arenas a una distancia no mayor que la que existe en Madrid desde la Red de San Luis a la Puerta del Sol, con lo que dicho se está las incomodidades que me evito siempre que en tal Plaza se verifica una corrida.

Dotado dicho inmueble de cuantas dependencias pueden exigirse a esos edificios, claro es que no falta entre ellas una capilla espaciosa, muy bonita y bien acondicionada, con su altar correspondiente, en el que, al erigirse, fué entronizada una imagen de la Purísima Concepción, en cuya talla, y a los pies de la Virgen, aparecían: la media luna, símbolo de los infieles, y el repugnante ofidio que fué causante de la perdición del género humano, detalle este de la «bicha» que conviene tengáis en cuenta, porque luego trajo una cola más larga que la de la misma víbora.

Perspectiva que se disfruta desde la Plaza de Toros de Las Arenas

Dicha Plaza se inauguró el día 29 de junio del año 1900, festividad de San Pedro, con una corrida en la que, como todos sabéis —pero que no está de más recordar—, se lidiaron ocho toros del duque de Veragua, dos de ellos rejoneados por Mariano Ledesma e Isidro Grané, y estoqueados por Alejandro Alvarado («Alvaradito»), y seis que se jugaron en lidia ordinaria y fueron estoqueados por Luis Mazzandini, Antonio de Dios («Conejito») y Antonio Montes, tras de cuyo espectáculo inaugural se fueron celebrando otros sin interrupción.

Pero a los pocos meses pudo advertirse que la nueva Plaza de toros tenía eso que algunos llaman «jettatura» —o «mala pata», como decimos los clásicos en la jerga corriente y moliente—, pues, que yo recuerde, se registraron en ella, durante un corto lapso de tiempo, las siguientes desgracias:

8 de julio. —Cogida del matador de toros Joaquín Hernández («Parrao») por un toro del conde de Espoz y Mina.

5 de agosto. —El picador Ramón Sánchez («Postigo») fué herido de gravedad por un astado de Miura.

2 de septiembre. —Un toro de Conradi infirió una cornada al matador de toros Miguel Báez («Litri»).

8 de septiembre. —Las reses del mismo ganadero Conradi que se lidiaron en tal fecha hirieron de alguna consideración al novillero Alberto Rojas («Collón») y al picador Zafra.

30 de septiembre. —Resultaron heridos, por los toros de Arribas que se lidiaron, el picador Antonio Martín («Bronce») y el novillero Antonio Fernández («Bocanegra»), éste con una cornada muy grave.

7 de octubre. —El matador de toros madrileño Domingo del Campo («Dominguín») murió en la enfermería a consecuencia de la cornada que sufrió del toro «Receptor» (y no «Desertor», como dicen varias historias), de la ganadería de Miura.

14 de octubre. —Otro astado miureño produjo una cornada grave al espada novillero Francisco Palomar Caro («Palomar Chico»).

No recordamos de más peripecias ocurridas en aquellos cuatro meses; pero, francamente, las mencionadas eran bastantes para inquietar a cualquiera.

Aquello era demasiado; algo maléfico tenía que

influir para que se registraran tantos accidentes, uno de ellos seguido de defunción; si fatalmente le estaba reservado a la flamante Plaza tan triste destino como el de prodigarse en ella las cogidas, preferible hubiera sido que no se construyera y que los aficionados barceloneses continuaran viendo toros en el viejo circo de la Barceloneta.

Y como hay efectos que, en lugar de atribuirlos a causas naturales, se les hace derivar de preocupaciones absurdas cuyo fundamento es tan opuesto a la fe como contrario a la razón, hubo muy pronto quienes creyeron descubrir el origen de tan repetidos percances.

Nada, nada: la mala suerte de los lidiadores en la Plaza de Las Arenas debía ser... ¿A qué creeréis? Rubor y risa produce al mismo tiempo, pero no hay más remedio que decirlo: la causante de todo era aquella «bicha» que estaba a los pies de la Purísima Concepción en la capilla de que queda hecho mérito.

Cierta día entraron en ella unos toreros, se fijaron en la imagen e inmediatamente salieron desprovistos, erizado el cabello, con la coleta de punta y la lengua seca, repitiendo, muy nerviosos: «¡Lagarto, lagarto!», para terminar exclamando, como ciertos personajes de las comedias antiguas: «¡Ahora lo comprendemos todo!».

¡Si no podía ocurrir otra cosa, Señor! ¡Había que tener muy mal «carate» —como dicen los flamencos— para llevar a un lugar de devoción y recogimiento a aquel viscoso reptil!

En resumidas cuentas: la superstición hizo de las suyas, y en seguida comenzó una labor persistente y tenaz encaminada a que la maldita víbora desapareciera de la capilla, aunque hubiera de sustituirse la Purísima por otra imagen de la «Mare de Deu», Nuestro Señor.

Y la sustitución se llevó a cabo. Desapareció la talla de la Virgen, tal como a ésta se representa en la creencia piadosa solemnemente declarada como artículo de fe por el Pontífice Pío IX, y en su lugar se colocó una imagen de Nuestra Señora del Carmen, la misma que hoy puede contemplar el curioso que visite la mencionada capilla.

¿Terminaron por esto los percances en la repetida Plaza de Toros? ¿Qué habían de terminar! En los cuarenta y siete años que cuenta de existencia se han registrado no pocos, y alguno, igual que el de «Dominguín», seguido de muerte, como el del novillero Rafael Navarro («Navarrito»), el 26 de mayo del año 1919; pero estas desgracias ya no pueden atribuirse a la maléfica culebrita de marrias.

¡Qué cosas hace la superstición, Dios mío, qué cosas!

Y no decimos, para terminar, «colorín, colorado», porque esto no es cuento, aunque lo parezca, sino una verdad así de grande.

DON VENTURA



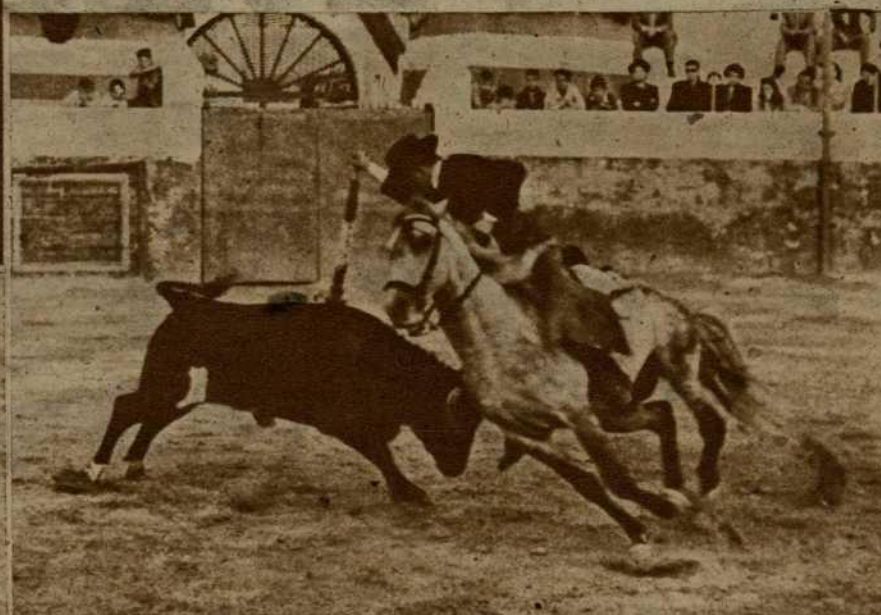


El director general de Prensa, señor Cerro Corrochano; el secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, señor Casares, y el secretario del Sindicato del Papel y Artes Gráficas, señor Guillén Salaya, durante el festival celebrado en la Placita de La Pañoleta en honor de los asambleístas, que fué organizado por el rejoneador Pepe Anastasio

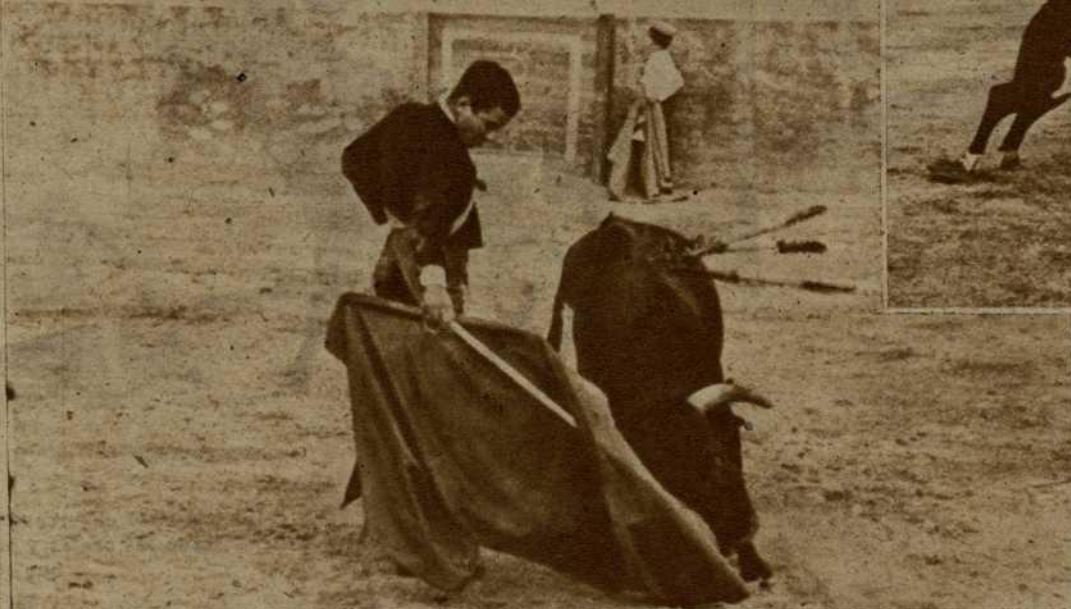


El presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, Víctor de la Serna, presenciando la fiesta

Festival en Sevilla en honor de los asambleístas de la Federación de Asociaciones de la Prensa



Pepe Anastasio clava un par de banderillas al novillo de don Salvador Guardiola



Ahora, ple a tierra. Pepe Anastasio se luce en unos pases de muleta



El diminuto diestro «Marconi» —de once años—, que toreó excelentemente al otro becerro lidiado en el festival



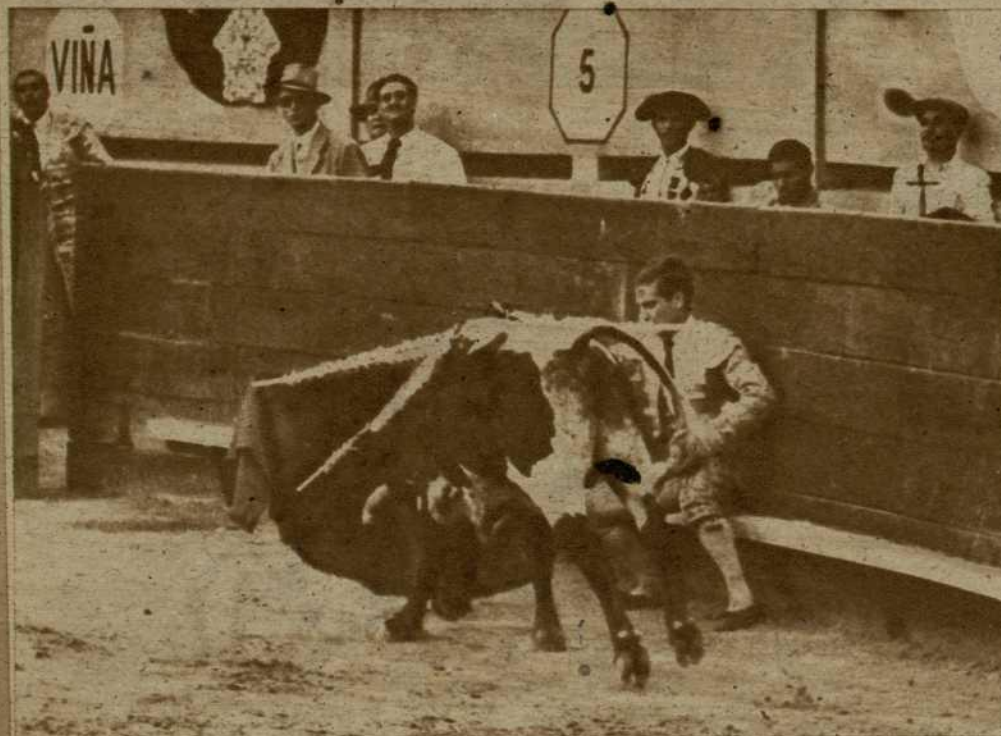
Pepe Anastasio y «Marconi» en un descanso (Fotos Arenas)

LA TEMPORADA DE TOROS EN LIMA

En la corrida de su despedida en Lima, Antonio Bienvenida mata seis toros de La Viña y corta seis orejas y un rabo

Con este festejo se dió por terminada la temporada de toros y empieza la de novilladas de la Empresa Rafael Varela, "Rafaelillo", el veterano banderillero sevillano, residente en Lima

Antonio Bienvenida, el día de su despedida en Lima, el 23 de noviembre, tuvo una tarde triunfal. El diestro madrileño, banderilleando a su segundo toro

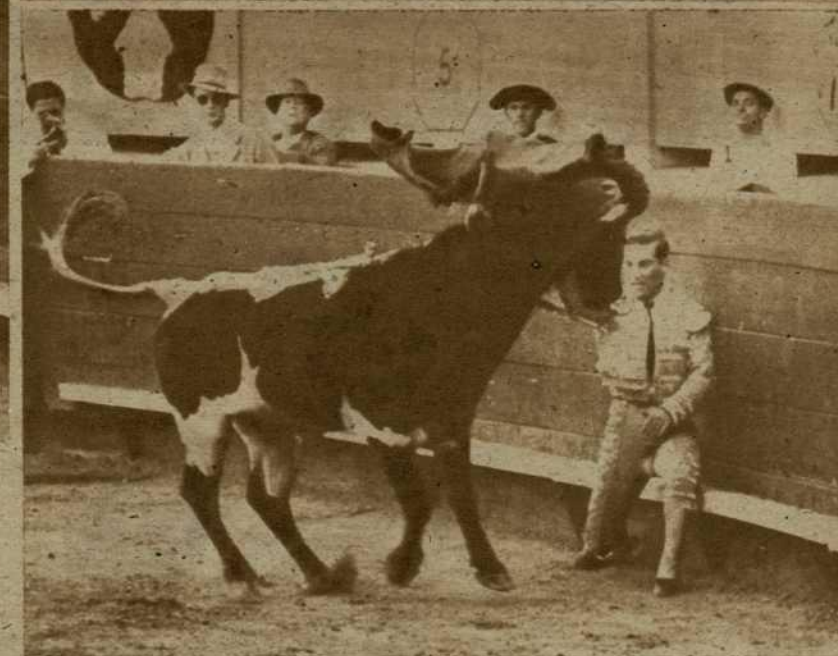
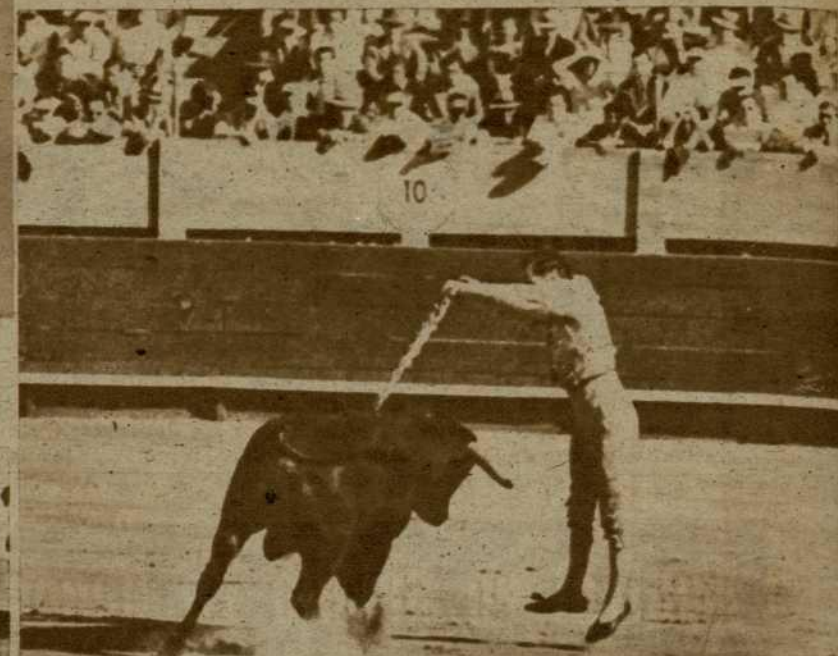


La faena al tercer toro la inició Antonio Bienvenida con dos pases sentado en el estribo

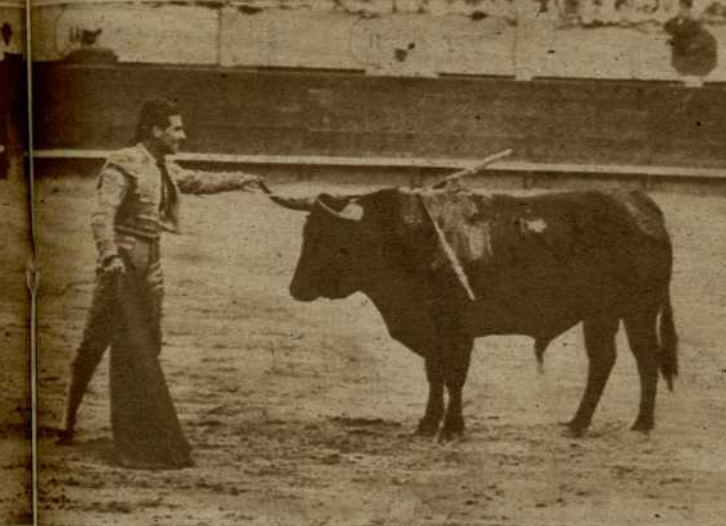
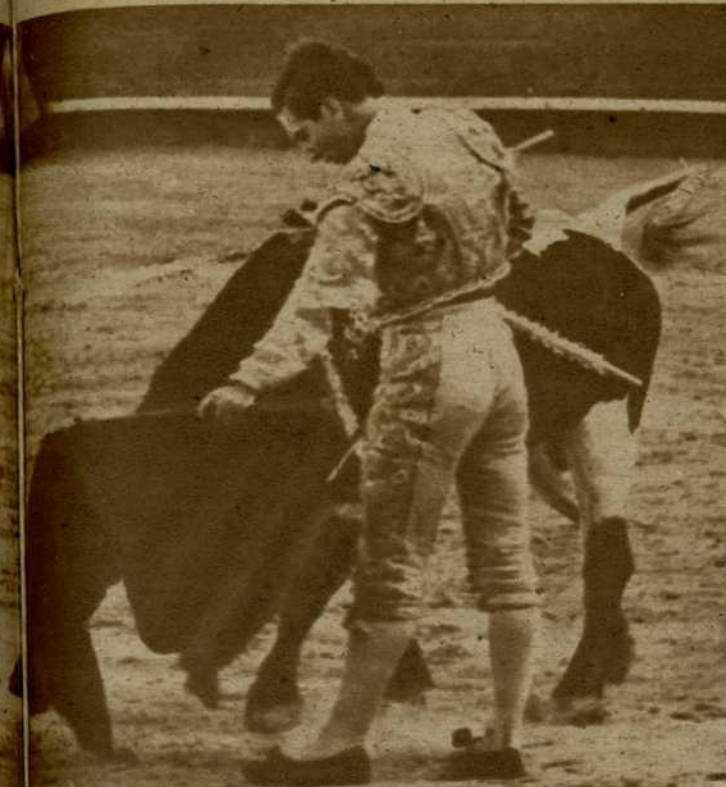


Uno de los naturales con la izquierda que prodigó en su actuación

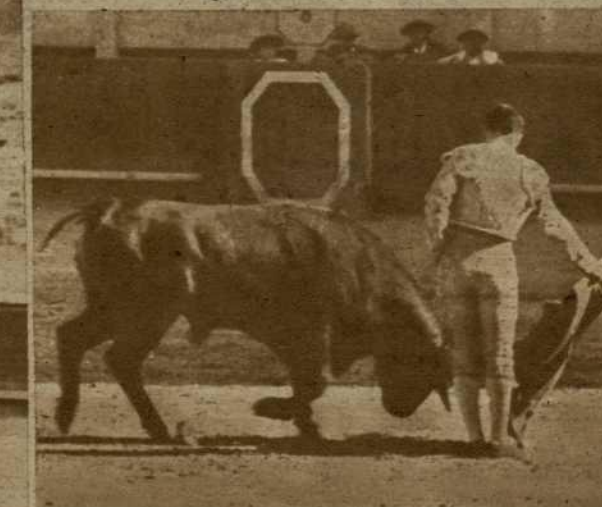
Antonio Bienvenida se adorna y coge el pléon del de La Viña



Muerto el tercer toro, el público le aplaude al diestro, que ha cortado las orejas y el rabo, y hace un don Manuel Mejías para que comparta las orejas con su hijo



Dos naturales de Antonio Bienvenida al cuarto toro



Otros momentos de las faenas de Antonio Bienvenida al quinto y sexto de la tarde. Ambos pesaron veintisiete arrobas en canal



Fotografía curiosa que publica "El Comercio", de Lima, con este pie: "Aquí están —y ha transcurrido el tiempo— los hijos de don Manuel Mejías Bienvenida. Son seis hombres y una chica. Los varones, de derecha a izquierda, son Rafael y Manolo (ambos fallecidos), Pepe, Antonio, Juanito y Angel Luis. Los seis, toreros, como su padre y su abuelo. Una auténtica dinastía, y que ha dado brillantes páginas a la incomparable Fiesta brava."

Termina la corrida, que ha constituido un gran éxito. Antonio Bienvenida da una vez más la vuelta al ruedo y es llevado en hombros hasta el Hotel Bolívar (Fotos José Lillo)

Bienvenida, después de torear un festival el día 27 del presente a favor de las víctimas del terremoto de la Sierra, con novillos de Huando, de propiedad de los Hermanos Graña, alternando con el novillero español Alonso y los señores Fernando Graña y José Antonio Roca Rey, aficionados peruanos, saldrá para el Ecuador, donde torcará varias corridas. El domingo se inician las novilladas de la Empresa de Rafael Varela, "Rafaelillo", viejo banderillero sevillano radicado en Lima.



Pena y emoción de Ronda

Desde las salinas blancas
hasta las Sierras de Córdoba,
desde el llano de Almería
hasta Málaga, la ronca,
desde la fina Sevilla
hasta Huelva, la jugosa,
suenan el agua en los arroyos
y claman el aire en las hojas:

«¡Ay de Ronda!»

Ronda, de piedra dormida,
hermética y angulosa,
con cien capotes bordados
sus azoteas adorna;
con falsetas de «sonanta»
va cantándonos su historia,
mientras hunde sus veletas
en el toro de la aurora.

«¡Ay de Ronda!»

El señor Pedro Romero,
paso lento y frase corta,
con redecilla de seda,
capa en vuelos de paloma,
faja color vino viejo
y cadena con dos onzas...
por las callejas morunas
pasa arrastrando su gloria.

Las campanas repicaban
como suspiros de monja.
Ya están llenos los tendidos,
llenas de risa las bocas,
ya la tarde huele a toros,
a mejorana y a rosas,
y el señor Pedro Romero
en la barrera se apoya.

Monteras de desafío
llevaban majezas broncas
a los palcos de Sevilla
desde el redondel de Ronda:

«Escucha, hermana Sevilla,
pagada de tu persona,
clara filigrana blanca
llena de luz y de forma...

Yo sé que tienes, hermana,
el cascabel y el aroma,
dejos de cante liviano
y antamécerez de copla...
Sé que tus toreros llenan
con filigranas garbosas
el redondel encendido,
que huele a jazmín y a novia.
Sé que son de plata fina
los capotes que te adornan,
y que son tus banderillas
tijeras que el aire cortan:
sé que en nombre de la gracia,
con sal de burla y de broma,
bautizaron tus muletas
con garbo de «bailaoras»...

Pero, ¡fíjate, Sevilla,
fíjate cómo recorta
el señor Pedro Romero,
en esta Plaza de Ronda!
Fundamento, esencia, alma,
emoción que no ahoga,
caballo del corazón
que en el pecho se destoca...
«¡jipio» de cante grande,
«malagueña» pura y honda,
«soleá» de los mejores,
«caña» de las dolorosas,
«martinete» de las penas,
«carcelera» de las sombras,
«verdiales» de los martirios
y «polo» de las congojas...

«¡Ay de Ronda!»

Iba yo por un camino
y me tropecé la copla:

«¡Ay de Ronda...
sin toreros
y sin fama,
cuando fué la «emperaora»!

En la mesa de un «colmao»,
sobre una guitarra rota,
mojando la pluma en vino...
¡¡tienen que escribir su historia!!

MARTINEZ REMIS



ANTONIO CASERO

COMO SE DISECA LA CABEZA DE UN TORO

NOS LO HA EXPLICADO DON LUIS BENEDITO

HE visitado en su domicilio a don Luis Benedito, jefe del Laboratorio de Taxidermia del Museo de Ciencias Naturales madrileño. Acompañado del eminente escultor-taxidermista, crucé un artístico jardín, que realiza la mansión con un clásico aspecto de villa romana, y en el que se admiran bellas obras escultóricas. Tras de este agradable recorrido, penetré en el taller, donde se realizan las delicadas operaciones de la disección, de toda clase de animales. Uno s operarios, ayudantes y discípulos del sexagenario maestro valenciano, trabajan en esa difícil tarea de dar forma aparente de vida a diversos ejemplares de nuestra fauna.

Contemplé unas cabezas de toro de lidia, y ellas fueron el objeto de mi conversación.

—¿Puede decirme algo acerca de las operaciones necesarias para la disección de una cabeza de toro?

—No hay inconveniente. Lo primero que se hace es obtener una mascarilla con escayola. Luego se le quita la piel y se limpia y desinfecta cuidadosamente el cráneo. Mediante una leve maceración, se desprende la vaina de la cornamenta, que igualmente se somete a desinfección, con lo que se evita la posterior cría de polillas. La cabeza del toro se arma con su composición ósea, y el cuello queda configurado, previas las oportunas mediciones, con unas varillas y una tela metálica, que se cubre de harpillera. Ahora es cuando viene el modelado, que suele hacerse con una mezcla de escayola y tuba, habida cuenta de que esta materia es menos pesada y quebradiza. Una vez conseguido el modelado, se pinta al óleo, con objeto de que la humedad de la piel no lo perjudique. También recibe el modelado una mano de cola, para que la piel quede perfectamente adherida. La piel se cose con seda torzal y es clavada con alfileres para su mejor adaptación al modelo, hasta que llega a estar completamente seca. Cuando se han quitado los alfileres se hace la "toilette", que consiste en un minucioso cepillado de la cabeza, con el que se obtiene el brillo del pelo, y el retoque de los ojos de cristal, que se pintan, así como el hocico, que adquiere, mediante un barniz especial, la sensación de humedad que tuvo en vida. Por último, las operaciones complementarias de la colocación trasera de un tablero, que puede tener varias formas, si bien la más usada es la ovalada, orlándose la cabeza con un cordón de seda, entrelazado, de los colores, por regla general, de la divisa de la ganadería a que perteneció.

—¿Qué operación de las explicadas requiere mayor atención?

—Todas ellas han de realizarse con sumo cuidado; no debiendo descuidarse ninguna, ya que unas son necesario complemento de otras.

—¿Se invierte mucho tiempo en la total preparación de una cabeza diseccionada?

—De una manera concreta no se lo puedo decir, toda vez que se alternan varios trabajos, dependiendo mucho del tiempo que tarde en secarse la piel; por lo que varía según la estación. Pero, aproximadamente, entre mes y medio y dos meses es lo que se tarda en poder entregar al cliente su encargo.

—¿Es muy grande el número de cabezas diseccionadas por usted?

—Tengo sesenta y cinco años, y desde muy joven me dedico a los trabajos taxidermistas, que los aprendí de mi padre, que era el diseccionador afecto a la Universidad de Valencia; así es que usted comprenderá que han sido muchas las cabezas de toro que he preparado. Aunque he de confesar que no son éstas las que prefiero para mis trabajos.

—Entre las preparadas, ¿recuerda, maestro, alguna de toro que haya alcanzado celebridad?

—¡Tantas han sido!... Ahora recuerdo la del último toro que estoqueó "Bombita", llamado "Cigarrón"... La de "Corucho", de don Felipe de Pablo Romero, cuyo animal causó la muerte de Francisco Aparici Pascual, "Fabriño", en la Plaza de Valencia, el día 30 de abril de 1899.



Hace treinta y cinco años, don Luis Benedito junto a su obra «El toro del duque de Veragua», que se exhibe en el Museo de Ciencias Naturales

La cabeza del toro «Rapado», de la ganadería de Antonio Pérez Tabernero, que mató «Manolete» en San Sebastián en la tarde del 15 de agosto de 1944 y cuya muerte brindó al conde de Villapadierna



Mascarilla del último toro estoqueado por Ricardo Torres, «Bombita», en Madrid, el día 19 de octubre de 1913

(Fotos Zarco)

Mi padre diseccionó la cabeza del toro que mató a Julio, el otro "Fabriño", y que creo se llamaba "Lengüeto", de don José Manuel de la Cámara, lidiado el toro en el coso valenciano el 27 de mayo de 1897. También preparé la cabeza de "Bonito", corrido en cuarto lugar en una

corrida celebrada en Murcia el día 8 de septiembre de 1913, en la que "Machaquito", "Gallito Chico" y Luis Freg se las entendieron con bichos de la viuda de Coneha y Sierra; aquel bicho corneó mortalmente al picador Salvador Angosto, "Loquillo". Por cierto que al ver "Joselito" la cabeza diseccionada de "Bonito", le gustó tanto, que desde entonces fué un gran cliente mío, pues recuerdo haberle cumplimentado cerca de una veintena de encargos.

Hay una pausa en la conversación, mientras la cual evoco el soberbio ejemplar del duque de Veragua, que se exhibe en el Museo de Ciencias Naturales, y sobre este toro se reanuda la charla.

—Creo haber oído algo referente a una peripecia ocurrida el día de la muerte de este toro.



Mientras la piel se seca, Julio Patón, ayudante de Benedito, retoca los ojos de la fiera, que parece revivir

—Verá usted: El viejo duque tenía ofrecido un toro al Museo; pero falleció sin haber podido hacer efectivo su generoso ofrecimiento. Su hijo, don Cristóbal Colón y Aguilera, se dispuso a cumplir lo que su progenitor no pudo. Al efecto, eligió uno de los más típicos ejemplares de su famosa ganadería, y llegó el día de la muerte de aquel precioso toro, que tuvo lugar en la finca El Molinillo, allá por el año 1911. Fui yo con el duque, acompañándonos un hermano mío y el fotógrafo Padró. Se había pensado que la muerte habría de producirse siendo apuntillado desde un burladero por un experto matarife. Este hombre llamó la atención del astado tirándole la gorra; pero el veragüeno se lanzó con tal ímpetu, que llegó al burladero, y con un derrote, lo arrancó de cuajo. Excuso decir que el susto nuestro, que nos encontrábamos allí, fué mayúsculo, y menos mal que teníamos una salida trasera. En vista de lo acaecido, el duque dispuso que el mayoral disparase un rifle contra el bravo animal, que así fué despenado.

Antes de despedirnos, Benedito me enseña una de sus últimas obras, consistente en la cabeza de "Rapado", toro de don Antonio Pérez, lidiado y muerto por "Manolete", en San Sebastián, en la tarde del 15 de agosto de 1944, y que fué arrastrado sin orejas ni rabo, y cuya muerte fué brindada al conde de Villapadierna, que es quien ha mandado diseccionar esta bonita cabeza.

UN ARTICULO POR LOS PELOS

Patillas, calvas y bigotes toreros

NO vayan ustedes a creer que en la Fiesta de toros a los apéndices capilares no se les ha concedido importancia. Los asustantes toreros patilludos a lo «Pepete I», a lo Manuel Domínguez, a lo «Regatero», hasta venir a dar en cierto novillerete malo, Francisco Vea, «el Cojuelo», pasado a la posteridad por haber sido el último lidiador que hizo el paseo de las cuadrillas con pobladas patillas, el día 15 de agosto del año de gracia de 1891, en la Plaza de Madrid se llevaron mucho los tales lidiadores de pelo en el maxilar, como si fueran una exacta representación de los hombres de pelo en pecho.

Posteriormente, deslizada la navaja barbera por las patillas de «boca e jacha», aficionados y críticos tomaron la acera contraria, para fijar su atención en las calvas toreras, entre las que ganó el primer puesto la de Rafael «el Gallo», transformado merced a aquella y a la futesa de un ayudado por alto con los pies juntos —gitanería de ejecución apartada— nada menos que en el «divino calvo», como si no hubieran sido tan toreras las alopecias de «Guerrita» y de Mezzantini en los finales del siglo de las luces, y en el actual, hace pocos años, las de Nicanor Villalta y la del «Niño de la Palma», así como la incipiente, de «espléndidas entradas», de Jaime Noaín. Pero, nada, la divinidad depilada de privilegio fué exclusiva de Rafael. En honor y gloria de las calvas flamencas nombradas, y de las que quedan sin nombrar, reconozcamos la valentía de las mismas: ningún torero, calvo efectivo, pues los hay nominales, como Antonio Calvo, «Farnesio Chico», José Calvo, Manuel Calvo Jurado, Pedro Calvo y Calvo y Rafael Calvo, sin olvidarnos de Calvache, han salido a la arena y se han despojado de la montera para exhibir peinados de «mil rayas», de esos en que un pelo viene de aquí y otro cabello llega de allá, hasta formar un tejido exacto al que forman las guarniciones de algunas taleguillas de Luis Miguel Dominguín.

Honor y gloria, digo, para las patillas, y honor y gloria para las calvas consideradas como toreras; en cambio, los bigotes no tuvieron «buena prensa», salvo la excepción, por tratarse de una sola corrida que no había de sentar precedente, del de Ponciano Díaz, en su alternativa de 17 de octubre de 1889. Cuando el doctorado —mejor dicho, su confirmación—, en 1899, del francés Pierre Cazenave, co-



Enrique Vargas (Minuto)

nacido en la historia del toreo por «Félix Robert», se puso a deliberación, con toda seriedad, el tema de si el poblado «moustache» era un impedimento para arrimarse al toro, o, de contrario, constituiría una gracia que añadir a su presentación ante los madrileños. El «monsieur», deferente con los aficionados de la Corte, reunió en el Hotel Inglés, dos días antes de la ceremonia, esto es, el 30 de abril del año citado, a unos cuantos conspicuos aficionados y críticos para que decidiesen si era conveniente dejar mondo el labio superior. Y extendieron su correspondiente acta y todo, firmada por Reinante Hidalgo, por «El Toreo Cómic»; don Leopoldo Vázquez, por «La Divisa»; Angel Caamaño, «El Barquero»; Núñez de Cea, don José Uriarte, don Eduardo Rebollo, «El Tío Campanita», por «El Tío Jindama» y por don Eulogio Oñoro, quienes votaron por la desaparición del bigotazo; en tanto, se decidieron por el «qué más da» don Alejandro Saint Aubin y «Paco Media Luna», en nombre de «El Toreo». Para ambos a dos, lo interesante era que «Félix Robert» torear según arte. Consecuencia del régimen de mayorías, a las diez y cincuenta minutos de la noche —entonces no se había inventado lo de la hora oficial— un maestro barbero conocido, según las crónicas, previos unos enjabonados brochazos, hizo desaparecer el bigote considerado como antitorero. La cosa, como no podía acabar en boda, como en la mayoría de las comedias, acabó en una succulenta comida de aquellos tiempos, en los que no habían irrumpido en las cocinas los «sucédáneos».

Testigo, aunque no firmante del histórico documento, fué Enrique Vargas, «Minuto», el lidiador todo movilidad y nervio en la Plaza o fuera de la Plaza, quien, a la temporada siguiente, hubo de hacer un mutis de cinco años, con un interregno de hombre de negocios, que, al parecer, precisaba de un bigote que diera prestancia al cuerpecillo breve que le había hecho quedarse en «Minuto». Y al resurgir en una corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa de Madrid, anunciada con un cartel de Benlliure —fecha de celebración, 25 de marzo de 1905—, hubo banquete previo de regocijo por su reaparición, aunque no votación, entre conspicuos para ver si el bigote desaparecía o no, porque Enrique Vargas prescindió de él, con un retrato para la posteridad publicado en la portada del número 432 de «Sol y Sombra», del 24 de no-

*Voy a ser breve y sencillo.
El que no aplauda a Minuto,
si en este siglo, es un bruto.
I no sé más!*
Sobaquillo
*No hay en la esfera del mundo
desde Canton a Confucio,
un minuto como tú,
quiere decir, sin segundos*
José de Laserna

A Minuto
*Cuando te miro delante
de un toro en las piteas,
tanto la más inquietante
le falta, los movimientos...
de los palmeados y gestos
abrazando los caballos
¡Oh por los pequeños!
(Lo mismo que un parvulo)*
Gil Parrado

*En las cosas de la vida
cuando hay que hacer la vida
con el alma y el alma
¡Oh por los pequeños!
(Lo mismo que un parvulo)*
Gil Parrado

A Minuto
*Como a Minuto me parece
más de un minuto
¡Oh por los pequeños!
(Lo mismo que un parvulo)*
Don Modesto
(N.N.)

A Minuto
*Si hay algún caso de bruto
que en el mundo
¡Oh por los pequeños!
(Lo mismo que un parvulo)*
El Sastre del Campillo

viembre de 1904; fotografía de Company, donde «Minutillo» aparece magnífico con su bigote, su sombrero hongo su rico gabán y su caballeresco bastón. Estaba el hombre que partió los corazones.

Como recuerdo para coleccionistas, existe una cartulina —que aquí se reproduce— conmemorativa de la reaparición. Lleva el documento la caricatura de «Minuto» hecha por Sancha, más los autógrafos de las chufillas poéticas que le dedicaron Mariano de Cavia, «Sobaquillo»; José de Laserna, «Aficiones»; Antonio Palomero, «Gil Parrado»; Angel R. Chaves, «Achaes»; José de la Loma, «Don Modesto»; Eduardo Muñoz, «N. N.», y Antonio Viérgol, «El Sastre del Campillo», aquel escritor de quien dijo cierto zumbante compañero «que escribía de balde y ponía el ripio».

A Mariano de Cavia, que figura con esa cuarteta que dice: «Voy a ser breve y sencillo. —El que no aplauda a «Minuto», —si no está ciego, es un bruto. —¡Y no va más! Sobaquillo, le quedó, ¡ya lo creo!, ingenio en favor de la reaparición de Enrique Vargas, y le espetó lo siguiente, como brindis del banquete:

*No sabes lo que disfruto
dándote tu antiguo mote.
Pero, hijo, serás muy bruto
si al quitarte ese bigote
no quitas moños, «Minuto»*

Contrariado de la fiebre de la reaparición, aquel mismo año, José Centeno Laboise, matador de toros modesto y aun modestísimo, anunció su propósito de vestirse nuevamente de caireles. Y en una información oportunista, también en «Sol y Sombra», puede verse su efígie antes y después del corte del bigote. Después..., después...

Lo mismo que Juan Guillén Sotelo, el gran escritor de toros conocido por «El Bachiller González de Rivera», a quien nadie ha superado en sus primorosos «Recuerdos de ayer», con estudios sobre figuras de otros tiempos, dedicó un «Teurofemérides» el último patilludo de cierta importancia, Fernando Gutiérrez, «El Niño», actuante en Madrid el 23 de marzo de 1884, yo quiero registrar el nombre del último espada con bigote, no retirado sino «en ejercicio». Se llamaba Paul Aramis, era torero y saltador landés. Le vi torear dos novilladas en Zaragoza, el 4 y el 11 de agosto de 1907. Vestía un terno violeta y oro y llevaba un gorro parecido a las boinas; su bigote, poblado y de bien cuidadas guías. Triunfó la primera tarde y fracasó la segunda.

Y aquí acabaron los bigotes. Con otros tiempos, vinieron otras modas. Incluso la del pelo ondulado con trenzillas. Pero todos son toreros: con bigotes o sin ellos, con pelo o con calva, con patillas o con la «gillette» manejada a diario. A mayor gloria de la Fiesta de toros.

DON INDALECIO

ACEYTE YNGLES

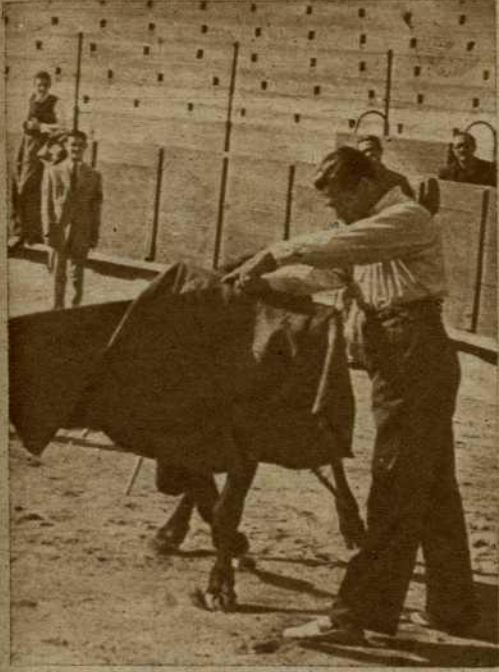
PARASITO QUE TOCA... MUERTO ES!

C. E. 150



El festival del Club "Andaluz" de Barcelona

El Club «Andaluz» de Barcelona, la simpática entidad que, fundada este año, ha logrado gran arraigo en la Ciudad Condal y realiza una notable labor de exaltación de la Fiesta, ha celebrado un festival, que asesoró el diestro trianero, y en la que tomaron parte distinguidos aficionados. Los improvisados diestros, antes de darse suelta a los becerros



Con la capa también se da el señor Carballo buena maña



El otro «espada», directivo también del Club, don Antonio Perales, ya pasa más apuros. ¡Si los toros embistiesen siempre por derecho y no se empeñaran en coger...!

Uno de los directivos de la Sociedad, el señor Carballo, que hacía de «primer espada», en un buen muletazo por alto



No obstante, como la palabra está empeñada, no hay más remedio que ir al toro. Y el señor Perales brinda la muerte del becerro a Manuel Alvarez



Antonio Perales duda, entre las sonrisas amistosas de la bella espectadora del callejón. Pero hay que aguantar. ¡Ya veremos qué pasa luego!



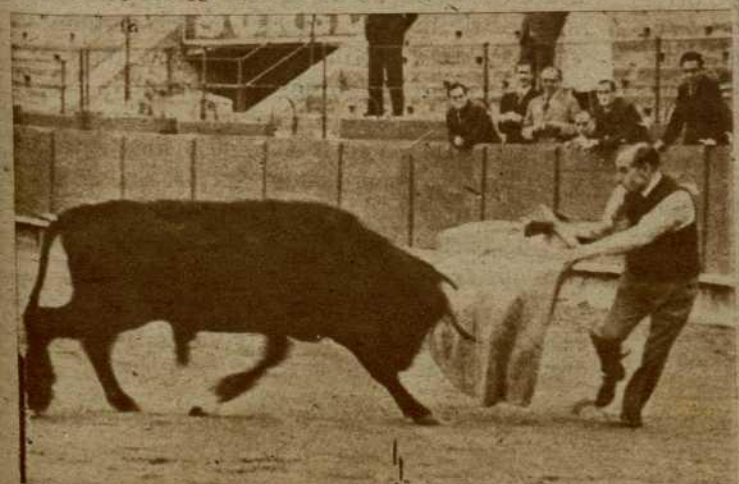
Un espontáneo que se salva por pies

¿Por qué esto de torear será tan difícil?...



El presidente del Club, Antonio Mañas, que resultó lesionado en un pie al saltar la barrera

Como final, socios y otros aficionados se reúnen en una comida para festejar los éxitos del «Andaluz», que ha toreado en esta temporada cincuenta y cinco corridas, y no cuarenta y ocho, como se ha dicho por error (Fot. Valls)



AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

CASTAN PALOMAR

recuerda sus tiempos de revistero taurino en Zaragoza



recen ya muy distantes, porque uno también lo está de todo aquello. Y así fué cómo empecé a sentir viva y fuerte, pero nunca discutidora, la afición a los toros.

—No se precisa bien cuándo empiezan a gustar las cosas hasta que no se mira el principio desde lejos. ¿Sigue usted hoy tan aficionado como entonces?

—Aquella afición se me fué debilitando un poco al trasladarme a Madrid. De Madrid me gustaba —era maravillosa de luz y de alegría— la otra Plaza. La actual no me gusta. Es sombría. Y, sobre todo, tiene una incomodidad de accesos que obliga cada día de toros a dedicar la tarde entera a la excursión a las Ventas. Esto me hace emperezar mucho para ir a la Plaza. Puesto a dedicar toda una tarde a ir y venir de las Ventas, prefiero irme a El Escorial, que tiene un viaje más cómodo y más limpio. Por eso, en Madrid no voy a otras corridas que las que me ofrecen un interés capaz de compensarme de esa incomodidad.

—Fuera de Madrid, ¿qué Plaza le gusta?

—Me gusta mucho el ambiente, tan elegantemente risueño, de la Plaza de San Sebastián. Y la algarazca trepidante de la de Pamplona en las fiestas de San Fermín.

—¿Cree usted que los toros han perdido interés desde la época de que habló antes hasta ahora?

—No creo que las corridas sean mejores ni peores que las de antes. Son, sencillamente, distintas. Los picadores que ahora acaban con el ganado, estoy seguro de no haberlos visto en ninguna época anterior. En cambio, me parece más inverosímil que nunca el terreno que pisa el torero.

—¿Cuál es el que más le gusta entre todos?

—Carezco de preferencias por tales o cuales espadas. Pero esto me ha ocurrido siempre. No he sabido nunca encuadrarme en unos u otros ismos. Ahora bien: transijo muy poco con los espadas que, a la hora de matar, se amillanan o empiezan a probar fortuna con el estoque, en un entrenamiento que seriamente debían practicar cuando estén solos.

—Sí, hay algunos...

—No obstante, poseo cierta predisposición para disculpar a los toreros las tardes en que la suerte no les acompaña. Tengo la certeza de que esa suerte la da o la quita, en una parte importantísima, el toro. Por lo que veo, este criterio lo sustenta casi todo el mundo, según son los aplausos o los silbidos que suenan durante el arrastre. Pero yo no recuerdo que nun-



ca haya rendido un homenaje ni me haya enfadado de esa manera con un toro.

—¿Qué le parece la mujer en los toros?

—Las corridas, como los banquetes, si no hay mujeres, carecen de animación. En cuánto a que las mujeres toreen, digo lo mismo que cuando me han preguntado si me gusta o no que fumen. Si fuman con garbo, bien está que fumen. Pero si no tienen gracia para eso, es mejor que lo dejen estar. Pongamos el verbo torear en lugar del verbo fumar, y ya está la respuesta.

—¿Y del público?

—En los toros, como en el teatro, el público siempre me divierte. En los tendidos se oyen cosas muy graciosas. Y cuando dos espectadores se pelean por la denominación técnica de un lance de capa o un pase de muleta, me río mucho. En cambio, van gentes silenciosas o de frases muy poco variadas y muy sucintas. Siempre recuerdo que una tarde estaba en la localidad contigua a la mía una señora que durante toda la lidia del primer toro no dijo más que esto: «Este toro es mohino.» Se lo confesó a un caballero que había ido con ella, empleando para tan importante confidencia un tono apacible, lánguido y prolongando la frase cuanto pudo. En el segundo toro volvió a decir lo mismo y de la misma manera. Igualmente, se limitó a decir en los siguientes: «Este toro es mohino.» Total, que habíamos visto seis toros mohinos y que aquella señora no había sentido en dos horas de corrida la necesidad de hacer a su esposo más extensos y animados comentarios.

Después de este lance que nos acaba de contar, deseáramos decir a Castán Palomar si cree que se puede ser escritor, y sobre todo periodista, sin tener dotes de observación. Pero eso sería apartarnos del tema, y preferimos dar fin a la entrevista sin la preguntita.

PILAR YVARS

COMO el que hoy es gran periodista, conocidísimo del público por sus libros, reportajes e intervius, ha sido también principiante —no se llega de un salto a la cumbre—, tiene toda una serie de anécdotas —o peripecias, que es palabra más simpática— que contar de sus primeros años de profesión. Esto nada tendría que ver con el tema que aquí tratamos, si sus primeros años periodísticos no tuvieran relación directa con la Fiesta de toros. Y de ahí deriva nuestra entrevista de hoy.

Hablamos con Castán Palomar en la sala de visitas de la Redacción de «Digame».

—¿Cómo empezó su afición a los toros?

—De chico, en Zaragoza, iba a los toros. Había unas novilladas caniculares, sin picadores, para las que se pagaba por una entrada de tendido sesenta y cinco céntimos.

—Lo mismo que ahora, casi casi.

—Seguí yendo a los toros; pero sin ser un apasionado, ni excesivamente celoso ni demasiado intransigente, de la Fiesta. Por entonces había yo ingresado en la Redacción de «El Noticiero», diario zaragozano, donde desempeñaba la crítica taurina «Cantares», que actualmente sigue dedicado a la misma labor en el mismo periódico. Pero por aquellos años, «Cantares» tuvo que ausentarse de Zaragoza, y se me encomendó a mí la sustitución. Adopté el nombre de «El Calesero», como podía haber adoptado cualquier otro, y me lancé a escribir de toros. Era la época en que toreaban «Joselito», Belmonte, «Sale-ri II», Curro Martín Vázquez, toreros que pa-



Relación de las novilladas con picadores celebradas en la temporada de 1947



Número de orden	FECHA	PLAZAS	GANADERIAS	CARTEL
1	Febrero 23...	Barcelona...	Clairac...	Pedro Robredo, Antonio Caro, Paco Muñoz.
2	Marzo 2...	Idem...	7, Alicia Cobaleda; 1, Tabernero...	Pedro Robredo, Antonio Caro, Manuel González, Muñoz.
3	Idem 9...	Idem...	Muriel...	Manuel González, Paco Muñoz, Pepe Palacios.
4	Idem 16...	Idem...	3, Alicia Cobaleda; 3, Arturo Sánchez...	
5	Idem 16...	Madrid...	Sebastián González...	Robredo, Navarro, «Andaluz Chico».
6	Idem 16...	Córdoba...	Benítez Cubero...	Paco Roldán, Paco Agudo, Redondo.
7	Idem 19...	Barcelona...	Garzón...	«Lagartijo», «Joselete», Martorell.
8	Idem 19...	Madrid...	Arauz de Robles...	«Andaluz Chico», Juanito Bienvenida, Pedro Vigil.
9	Idem 23...	Idem...	Arranz...	Mariano Guerra, Manolo González, Joselito Moreno.
10	Idem 23...	Valencia...	Antonio Urquijo...	Pericás, M. González, Vicente Fauró.
11	Idem 30...	Madrid...	Garrido Altozano...	Pepe Catalán, Antonio Caro, Paco Muñoz (Pepe Anastasio).
12	Idem 30...	Barcelona...	5, José Cova; 1, A. Cobaleda...	«Gallito Chico», Fauró, «Gallito de Dos Hermanas» (Suspendida.)
13	Idem 30...	Bilbao...	M. de la Rivera...	Antonio Caro, Juanito Bienvenida Chaves Flores.
14	Abril 1...	Idem...	Idem...	Robredo, Navarro, Muñoz. (Suspendida por lluvia.)
15	Idem 6...	Barcelona...	Enriqueta Cova...	Robredo, Navarro, Muñoz.
16	Idem 6...	Málaga...	Pablo Romero...	Antonio Caro, «Andaluz Chico», Paco Muñoz
17	Idem 6...	Tarragona...	M. Elizondo...	Navarro, González, Manuel Rojas.
18	Idem 6...	Zamora...	Arranz...	Fuentes, Pericás, Robredo.
19	Idem 13...	Madrid...	1, Cristina Meza; 5, Garrido Altozano...	Somoza, «Príncipe Gitano» (4).
20	Idem 13...	Valencia...	Ramos Paúl...	
21	Idem 13...	Bilbao...	Molero...	«Gallito Chico», Fauró, «Gallito de Dos Hermanas».
22	Idem 13...	Algeciras...	Gallardo...	Robredo, Pericás, Chaves Flores.
23	Idem 13...	Córdoba...	Enriqueta Cova...	«Andaluz Chico», Antonio Caro, Paco Muñoz.
24	Idem 14...	Valencia...	5, Benítez Cubero; 1, Tasara...	Cervera, R. Vázquez, Araujo, La Rosa.
25	Idem 20...	Madrid...	Juan Sánchez Valverde...	Guardiola, Pedro Vigil, Martorell.
26	Idem 20...	Granada...	Pérez Centurión...	Antonio Caro, Paco Honrubia, Paco Muñoz.
27	Idem 20...	Zaragoza...	Enriqueta Cova...	«Andaluz Chico», Rafael Vázquez, «Gallito de Dos Hermanas».
28	Idem 20...	Valencia...	Julio Vázquez...	M. González, Juanito Bienvenida, Chaves Flores.
29	Idem 23...	Sevilla...	5, Belmonte; 1, González...	Robredo «Faraón», M. Navarro.
30	Idem 27...	Idem...	María Luisa Domínguez...	Antonio Caro, Muñoz, Martorell.
31	Idem 27...	Valencia...	J. y C. Ortega...	Navarro, «Andaluz Chico», Paco Muñoz.
32	Idem 27...	Puerto de Santa María...	E. Hernández...	M. González, «Caganchos», Muñoz.
33	Idem 3...	Motril...	Arias Reina...	Antonio Caro, Chaves Flores, Cervera.
34	Idem 3...	Jerez...	Hidalgo...	Navarro, «Cardeño», Rafael Ortega, Balaña.
35	Idem 4...	Sevilla...	Guardiola...	Paco Roldán, Rafael Ortega, Martorell.
36	Idem 4...	Barcelona...	3, Arturo Sánchez; 1, José Cova; 1, Cobaleda; 1, Hoyo Gitana...	Paco Muñoz, «Cardeño», Cervera.
37	Idem 4...	Zaragoza...	Arranz...	Robredo, «Gallito Chico», Manuel González.
38	Idem 8...	Algeciras...	Gallardo...	
39	Idem 8...	Barcelona...	Escobar...	Antonio Caro, Chaves Flores, Calabuig.
40	Idem 11...	Madrid...	J. Sánchez Tabernero...	Manuel Navarro, Joselito Montero, Fauró.
41	Idem 11...	Bilbao...	Concha y Sierra...	Fuentes, Paco Muñoz, Juan Bienvenida.
42	Idem 11...	Cádiz...	Belmonte...	Antonio Caro, Paco Muñoz.
43	Idem 11...	Zaragoza...	Pérez Centurión...	Robredo, Manuel Navarro, Pericás.
44	Idem 14...	Osuna...	Benítez Cubero...	Robredo, Manuel González, Chaves.
45	Idem 15...	Sevilla...	Moreno Santa María...	M. Navarro, J. Bienvenida, «Cardeño».
46	Idem 15...	Valencia...	Sánchez Fabrés...	Suspendida por lluvia.
47	Idem 17...	Madrid...	Tasara...	M. González, «Gallito de Dos Hermanas», J. Bienvenida.
48	Idem 18...	Granada...	Juan J. Cruz...	Rafael Vázquez, Paco Muñoz, «Cardeño».
49	Idem 18...	Sevilla...	Javier Moreno...	Antonio Caro, Pepe Catalán, Manuel González.
50	Idem 18...	Málaga...	Natera...	Manuel Navarro, Paco Muñoz, Fauró.
51	Idem 18...	Valencia...	Fonseca...	Chaves Flores, La Rosa, Rafael Ortega.
52	Idem 25...	Zaragoza...	Julia Cosío...	Pepe Catalán, Manuel Rojas, Maravilla.
53	Idem 25...	Sevilla...	Atanasio Fernández...	Antonio Caro, Paco Muñoz, Paco Bueno.
54	Idem 25...	Valencia...	Prieto de la Cal...	Robredo, Manuel González, «Cardeño».
55	Idem 25...	Zaragoza...	Arranz...	Manuel Navarro, Corona, «Niño de la Palma III».
56	Idem 25...	Madrid...	Marqués Rivera...	Pepe Catalán, Manuel González, «Cardeño».
57	Idem 1...	Córdoba...	6, Garzón; 2, Atanasio...	Manuel Navarro, Guardiola, Paco Muñoz.
58	Idem 1...	Valencia...	T. e I. Vázquez...	Antonio Caro, Cervera, Martorell.
59	Idem 1...	Antequera...	5, S. Rico; 1, M. Elizondo...	Robredo, Paco Muñoz, Gumer Galván.
60	Idem 5...	San Sebastián...	Tasara...	Chaves Flores, «Joselete», Martorell.
61	Idem 5...	Málaga...	5, A. Cobaleda; 1, La Cova...	Rangel, Antonio Caro, M. González, Torrecillas.
62	Idem 5...	Barcelona...	Laffite...	Manuel Navarro, Castillo, «Gallito de Dos Hermanas», Marimén Ciamar.
63	Idem 5...	Bilbao...	Francisco Chica...	Robredo, Muñoz, Palacios.
64	Idem 7...	Valencia...	A. de la Cova...	Caro, M. Franco, Pablo Lalanda.
65	Idem 8...	Madrid...	5, Arauz de Robles; 1, Gabriel González...	Manuel Navarro, Paco Muñoz, Efraín Barrera.
66	Idem 8...	Zaragoza...	Antonio Urquijo...	Robredo, Manuel González, Chaves Flores.
67	Idem 9...	Linares...	Félix Gómez...	Antonio Caro, Paco Muñoz.

Continúa en la página siguiente

Número de orden	FECHA	PLAZAS	GANADERIAS	CARTEL
66	Junio 9	Plasencia	B. de Quirós	Manuel Navarro, Paco Muñoz, Lalandá.
67	Idem 11	Logroño	Viuda de Cruz	Fauró, «Moreno de Manjirón», «Diamante Negro».
68	Idem 12	Barcelona	5. La Cova; 1. Cobaleda	Robredo, Antonio Caro, Paco Muñoz.
69	Idem 13	Motril	Moreno Santa María	Sergio del Castillo, La Rosa, Rafael Ortega.
70	Idem 15	Granada	Carlos Núñez	Robredo, Manuel Navarro, Paco Muñoz.
71	Idem 14	El Tiemblo	Amador Santos	Vicente Fauró, Paco Muñoz.
72	Idem 15	Sevilla	Miura	Manuel González, Rafael Vázquez, «Cardenón».
73	Idem 15	Algeciras	Flores Tasara	Fuentes, Fauró, Juan Bienvenida.
74	Idem 15	Valencia	3. José J. Vázquez; 3. Santos	Catalán, Guardiola, Antonio Caro.
75	Idem 22	Idem	Pío Tabernero	Antonio Caro, Manuel González, Paco Muñoz.
76	Idem 22	Sevilla	Natera	«Gallito de Dos Hermanas», «Joseletes», «Guerreros».
77	Idem 22	Zaragoza	Cristina de la Maza	Robredo, «Caganchos», Chaves Flores.
78	Idem 26	Badajoz	Amador Santos	Antonio Caro, Lalandá, Dos Santos.
79	Idem 29	Madrid	Hoyo de la Gitana	Fuentes, Carceller, Juan Zamora.
80	Idem 29	Córdoba	Olivares	Chaves Flores, Martorell, D. Negro, Piedrola.
81	Idem 29	Barcelona	Murillo Pizarro	José Pulido, «Chaparrejo», Calabuig.
82	Idem 29	Sevilla	Jordán de Urries	«Gitanillo Chico», Sergio del Castillo, «Gallito de Dos Hermanas».
83	Idem 29	Granada	Moreno Santa María	Rafael Vázquez, La Rosa, Joaquín García.
84	Idem 29	Valencia	Clairac	«Torería», Catalán, «Pepillo de Valencia».
85	Idem 29	Soria	Arranz	Robredo, Antonio Caro, «Niño de la Palma II».
86	Idem 29	Puerto de Santa María	Belmonte	«Venturita», Manuel González, Cervera.
87	Julio 3	Barcelona	Pérez Centurión	Paco Muñoz, J. Bienvenida, Dos Santos.
88	Idem 6	Alicante	Concha y Sierra	Robredo, Guardiola, Paco Muñoz.
89	Idem 6	San Sebastián	Arturo Sánchez	Antonio Caro, Pepe Palacios, «Diamante Negro».
90	Idem 6	Cartagena	Castillo de Hijares	M. Navarro, Redondo, Cervera.
91	Idem 10	Barcelona	3. Murillo Pizarro; 2. B. Jiménez; 1. R. Pacheco	Paco Muñoz, Antonio Caro, Dos Santos.
92	Idem 13	Madrid	4. Tovar; 1. Garrido; 1. L. Rodríguez	Rafael Vázquez, Zamora, Pedro Vigil.
93	Idem 13	Sanlúcar	Moreno la Cova	«Venturita», «Cardenón», Paco Bru.
94	Idem 13	Sevilla	Conradi	Robredo, M. Navarro, M. González.
95	Idem 18	Vista Alegre	C. de la Corte	Soria, «Gallito de Dos Hermanas», Páez, Balañá.
96	Idem 18	Ceuta	Albarrán	Lalandá, Navarro, J. Bienvenida.
97	Idem 18	Jaén	Ángel Ligero	Martorell, «Esparteros», Marimén Cíamar.
98	Idem 18	Almería	Moreno Santa María	M. González, Corona, La Rosa.
99	Idem 18	Madrid	Garró y Díaz Guerra	Robredo, Zamora, Alfonso del Toro.
100	Idem 18	Barcelona	5. Pérez Centurión; 1. Murillo	«Andaluz Chico», Caro, Dos Santos.
101	Idem 18	San Fernando	Gallardo	«Cardenón», R. Ortega, Cervera.
102	Idem 20	Madrid	Fonseca	Fauró, José Muñoz, Manuel Rojas.
103	Idem 20	Vista Alegre	Pío Tabernero	Paco Agudo, «Chaparrejo», Calabuig, Balañá.
104	Idem 20	La Línea	Pérez Centurión	Lalandá, J. Bienvenida, Cervera.
105	Idem 25	Madrid	Gabriel González	Pepe Catalán, José Muñoz, Luis Peña.
106	Idem 25	Barcelona	5. B. Jiménez; 1. Centurión	Antonio Caro, J. Bienvenida, Dos Santos.
107	Idem 25	Hellín	Tovar	M. González, Zamora, Torrecillas.
108	Idem 27	Madrid	Dionisio Rodríguez	Sergio Castillo, M. Rojas, Pedrucho Canarias.
109	Idem 27	Vista Alegre	R. Pacheco	«Torería», Félix de la Vega, Oliete.
110	Idem 27	Barcelona	Zambrano	«Andaluz Chico», Antonio Caro, Dos Santos.
111	Idem 31	Azpeitia	Conradi	Zamora, Pepe Palacios (4).
112	Agosto 1	Idem	Idem	J. Bienvenida, «Diamante Negro» (4).
113	Idem 3	Vista Alegre	J. S. Tabernero	«Varelito Chico», Tarré, «Clarito».
114	Idem 3	Madrid	5. Corral, y 1. Garrido	Catalán, «Bonis», Jandilla.
115	Idem 3	Vitoria	Fonseca	Antonio Caro, «Faraón», Pericás.
116	Idem 3	Barcelona	Hoyo de la Gitana	Lalandá, Dos Santos, «Gitanillo de Triana».
117	Idem 3	Puerto de Santa María	Marqués de Contadero	«Venturita», «Cardenón», Paco Bru.
118	Idem 4	La Coruña	Domingo Ortega	Antonio Caro, Paco Agudo, Cervera, D. Canastra.
119	Idem 10	Vista Alegre	J. y C. Ortega	Tarré, Alejandro García, «Joseletes».
120	Idem 10	Madrid	Ignacio Sánchez	Pericás, Peña, «Cardenón».
121	Idem 10	Burgos	Cosío	Antonio Caro, Guardiola, Lalandá.
122	Idem 10	Cádiz	Guardiola	«Venturita», M. González, Cervera.
123	Idem 15	Almendralejo	Soto	«Andaluz Chico», M. González, Cervera.
124	Idem 15	Madrid	García Grande	Pericás, Jandilla, «Rosalito».
125	Idem 15	Játiva	Marín	Catalán, R. Vázquez, Lalandá.
126	Idem 16	Jaén	Flores Albarrán	«Gallito Chico», Fauró, Lalandá, «Santullanos».
127	Idem 17	Madrid	Idem	Peris, «Faraón», «Caganchos».
128	Idem 17	Vista Alegre	Lucio Cobaleda	Paco Alhambra, «Gitanillo Chico» y Tarré.
129	Idem 17	Puerto de Santa María	Marañón	«Venturita», M. Rodríguez y «Diamante Negro».
130	Idem 17	Valverde del Camino	Carvajal	«Quinito» y Manuel Rojas (4).
131	Idem 17	Málaga	Guardiola	Fuentes, Antonio Caro y Cervera.
132	Idem 17	Sanlúcar	Pérez Concha	R. Vázquez, «Cardenón» y «Niño de la Palma».
133	Idem 17	Cazalla	E. de la Cova	M. González, J. Bienvenida y Chaves Flores.
134	Idem 17	Barcelona	R. Pacheco	R. Ortega, Paco Bru y Fernando Lara.
135	Idem 24	Madrid	5. Molero; 1. A. Caballero	Peris, Peña y «Andaluz Chico».
136	Idem 24	Vista Alegre	Cándido García	«Torería», «Gitanillo de Triana» y Galisteo.
137	Idem 24	Orgaz	Oliveira	Antonio Caro y Lalandá (4).
138	Idem 24	Noya	Cerezo	J. Bienvenida y Eleuterio Fauró (4).
139	Idem 24	Nerva	José María Soto	M. González y «Cardenón» (4).
140	Idem 25	Noya	Pérez Tabernero	J. Bienvenida y Adolfo Rojas (4).
141	Idem 28	Barcelona	Tabernero de Paz	M. González, «Cardenón» y Cervera.
142	Idem 31	Colmenar Viejo	Félix Gómez	Lalandá y V. Fauró (4).
143	Idem 31	Alicante	Concha y Sierra	Esplá, «Gallito de Dos Hermanas» y «Maravillas».
144	Idem 31	Astorga	Casasola	«Gallito Chico», «Estudiante II» y «Nacional».
145	Idem 31	Madrid	Arranz	«Andaluz», Peña y «Larita».
146	Idem 31	Burgos	Arranz	Pericás, Antonio Caro y Guardiola.
147	Idem 31	Valencia	2. Vázquez; 2. Santos; 1. Tasara; 1. S. Fabrés	«Caganchos», La Rosa y Tarré.
148	Idem 31	Barcelona	Terrones	Suspendida por la muerte de «Manoletes».
149	Septiembre 2	Calahorra	Enrique García	Guinda, Abad y Pericás.
150	Idem 3	Villarrobledo	Pedrajas	Antonio Caro, Félix de la Vega y «Niño de la Palma».
151	Idem 5	Cuenca	Víctor y Marín	«Cardenón», La Rosa y «Diamante Negro».
152	Idem 7	Madrid	Muriel	Catalán, R. Vázquez y Lalandá.
153	Idem 7	Barcelona	Cándido García	Catalán, V. Fauró y «Larita».
				Antonio Caro, Calabuig y Luis Peña.

Terminará en el próximo número

POR ESPAÑA Y AMERICA

En Méjico fué cogido Félix Briones. - El novillero portugués Manuel de los Santos ha sido contratado por las dos empresas de la capital mejicana. - Se cree que en enero se celebrarán corridas de toros en Buenos Aires

EL doctor Zumel operó al matador de toros «Gitanillo de Triana» de una lesión que aquejaba y restaba facultades al famoso lidiador. «Gitanillo de Triana» se encuentra totalmente restablecido.

— La Asociación Benéfica de Auxilios Mutuos de Toreros ha puesto en conocimiento de sus asociados que en sus oficinas, Fernanfior, número 6, primero, centro derecha, se admiten cantidades con destino a la suscripción abierta para costear las insignias de la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad, concedida al director de los Servicios Sanitarios de dicha Asociación, don Luis Giménez Guinea.

— En la Plaza de Toros de Las Arenas, de Barcelona, se celebró el domingo, día 30, la última corrida de la temporada. El espectáculo comenzó a las doce de la mañana. Se lidiaron toros, uno, de Saltillo, y dos, de Benítez Cubero. Actuó de único espada Rafael Llorente, y de sobresaliente, el novillero «Minuto». En la enfermería facilitaron el siguiente parte: «El diestro Rafael Llorente sufre una herida inciso-contusa, con desgarrros, y penetrante, con orificio de entrada a la izquierda del ano, y con dirección superior derecha, que interesa tejidos subcutáneo y aponeurosis muscular, de quince centímetros de profundidad. Pronóstico grave.» Des-

pués de asistido fué trasladado a un Sanatorio. EL RUEDO desea, de todo corazón, el pronto y total restablecimiento del valiente y buen torero.

— En Méjico. Toros de La Laguna, que resultaron sosotes, a excepción de los lidiados en cuarto y quinto lugar. Luis Procuna estuvo muy bien en su segundo, pero perdió la oreja por no acertar con el estoque. En el resto de la corrida no hizo nada notable. Luis Briones hizo en el quinto faena vistosa, pero sin ligazón. En lo demás, gris. Félix Briones, que en el tercero estuvo vulgar, fué cogido por el sexto al dar el cuarto natural. Mató Luis Briones de dos estocadas y un descabello. Parte facultativo: «Félix Briones sufre la fractura de la rama horizontal izquierda del maxilar inferior, y una herida, en sedal, en el muslo izquierdo, de dos centímetros y medio, que interesa piel y tejido celular. La herida tardará en curar quince días, y la fractura, sesenta.»

— La corrida anunciada en la Plaza de El Toreo, de Méjico, fué suspendida por no estar terminadas las avenidas que conducen al coso taurino.

— En Orizaba (Méjico) fué suspendida la corrida a causa de la lluvia, en la que iban a lidiar ganado de La Punta Carlos Arruza y Carlos Vera, «Cañitas».

— El novillero portugués Manuel de los Santos encuentra dificultades para actuar en Méjico, por haber firmado contratos para actuar en las dos Plazas de la capital. El asunto fué llevado al Comité ejecutivo de La Unión de Matadores de Toros y Novillos, sin que se llegara a una solución. Se cree que el pleito se resolverá a favor de la Plaza de Méjico, por haber entrado Manuel de los Santos en Méjico con documentación solicitada por dicha Empresa y recibido de ella 10.000 pesos para gastos de viaje.

— En Lima (Perú) se espera la llegada de dos sementales de las ganaderías de Juan Belmonte y Murube, adquiridos por los ganaderos Carlos Gallese y Eugenio Isola. Los sementales españoles serán cruzados con vacas de la ganadería mejicana de La Punta.

— En Lima se elogia el rasgo del banderillero español Rafael Valera,

«Rafaelillo», que ha cedido sus honorarios de la segunda corrida de feria para engrosar la suscripción abierta para erigir un busto de «Manolete» en la Plaza de Acho.

— Raúl Ochoa, «Rovira», ha llegado a Buenos Aires, procedente de Lima. Ha manifestado que va a organizar corridas en Buenos Aires. El ganado será de ganaderías españolas y peruanas, y cree que la primera corrida se celebrará, en los primeros días de enero, en el estadio de River Plate.

— Cristóbal Becerra se ha hecho cargo del apoderamiento del matador de toros Manolo Navarro, excelente torero que alcanzó un gran éxito en la última corrida de la Prensa.

— Se anuncia en El Ecuador que Edgar Puente tomará la alternativa en Méjico el próximo día 14, de manos de Luis Procuna.

— En Llanes se ha fundado una «peña» taurina, de la que ha sido nombrado presidente honorario el matador de toros Pepín Martín Vázquez. La Peña Taurina Llanisca está presidida por don Carlos Parada y es secretario don Manuel Folgado.

B. B.

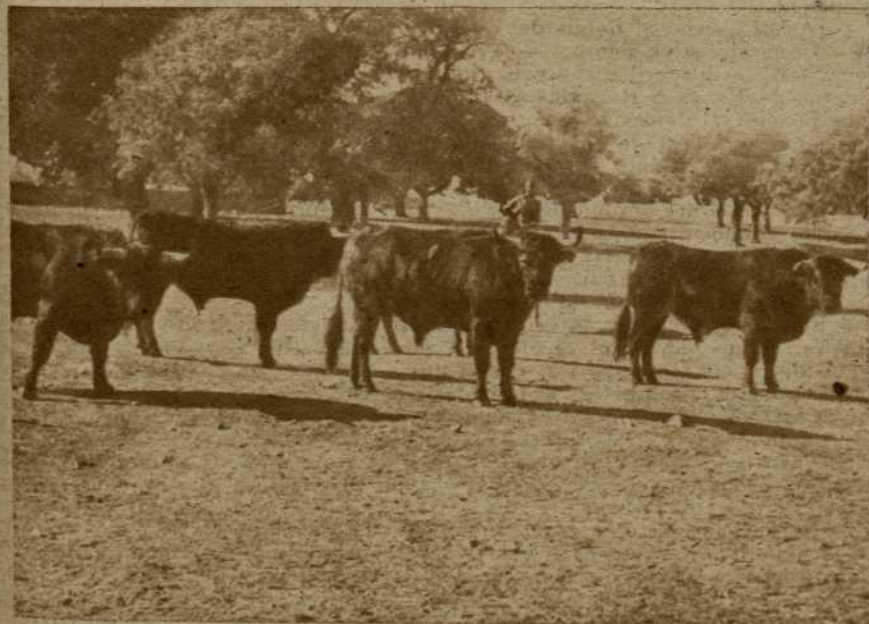
La Secretaría del Sindicato Nacional del Espectáculo nos remite la siguiente nota respecto a las elecciones sindicales del Grupo Taurino:

Matadores de toros.—Total de votos, 36.—Elegidos: Domingo Ortega, 26; Pepe Bienvenida, 26; «Gallito», 26; Domingo Dominguín, 26; José Luis Vázquez, 26; Manuel Escudero, 26.

Matadores de novillos.—Total de votos, 114.—Juanito Martínez, 70; José Gómez, «Gallito Chico», 69; Juanito Zamora, 69; Pablito Lallanda, 67; Moreno Reina, 72; Juanito Bienvenida, 66.

Banderilleros.—Total de votos, 136.—Mariano Moya, «Moyita», 94; Luis Prado, «Litri», 84. Retirados: Manuel Alarcón, «Cofre», 94.

Picadores.—Total de votos, 40.—Miguel Atienza, 26; José Escribano, 22. Retirados: Antonio Codes, «Melones», 39.



Los novillos preparados para el festejo organizado en Toledo por el coronel director de la Fábrica Nacional de Armas, con motivo de la festividad de la Patrona de la Artillería, y que están encargados de lidiar «Parrita», el «Choni», Paquito Muñoz, Antonio Caro y Alipio Pérez Tabernero

Concurrentes a la comida con que fueron obsequiados en el restaurante Salduba, de Zaragoza, los toreros aragoneses Mariano Carrato, «Pinturas», «Michelin» y el picador «Relámpago» con motivo de su próxima marcha a América

(Foto Marín Chivite)

NUESTRA CONTRAPORTADA

SUERTES DEL TOREO

ROQUE MIRANDA, "RIGORES"

Banderillas al cuarteo



LA débil situación de la Tauromaquia tras la retirada de Jerónimo José Cándido y la muerte de Curro Guillén exigía la aparición de nuevos valores que vinieran a ocupar el notable vacío producido por la desaparición de tan famosos diestros.

Entre los lidiadores que destacan en esta época difícil para el toreo, aparece, en primer plano de importancia, Roque Miranda, «Rigores», el espada que conquistaba a los públicos a fuerza de simpatía, cualidad muy superior a sus aptitudes de torero capaz de ocupar un puesto entre las figuras principales. Y, sin embargo, «Rigores» brilla como torero de primera fila, y, como tal, alterna con las grandes figuras de su época.

¿Qué aportaciones hace este diestro al Arte de la Tauromaquia? Roque Miranda no llevó al toreo nada nuevo, y como espada no pasó de ser una medianía. Lo que sí ejecutaba bien era la suerte de banderillas, que colocaba al cuarteo con ágil limpieza y buen estilo.

Por el año 1815 actuaba de banderillero en la cuadrilla de Jerónimo José Cándido, y a la muerte de Curro Guillén, logró sobresalir como espada entre otros célebres diestros. A partir de esta época, Roque Miranda actúa con más o menos fortuna, pero su pasión política le lleva a encuadrarse en la Milicia Nacional de Madrid, en cuyos escuadrones alcanzó el grado de sargento. Esto motivó su alejamiento de los toros, malográndose posiblemente el perfeccionamiento a que pudiera haber llegado como espada. Varias veces volvió y se alejó de los cosos, con las consiguientes consecuencias que producían estas interrupciones en su carrera taurina.

Hacia 1838 empieza a manifestarse su decadencia, aunque seguía disfrutando de la simpatía de la afición, que siempre esperaba el resurgimiento de su toreo.

El 24 de octubre de 1842, alternando con Montes y Chiclanero, se resintió de una fistula que sufría, y aunque le fueron practicadas tres operaciones, murió a consecuencia de dicho padecimiento. Contaba entonces cuarenta y tres años de edad.

JOSE COMAS ACOSTA

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

Otros datos para la Historia

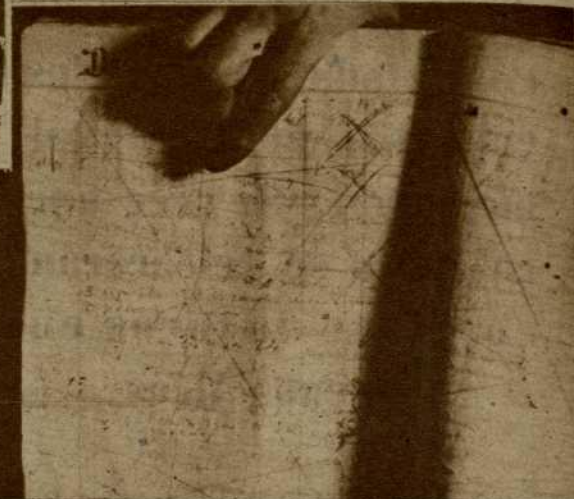


Equipo de torear que alquiló «Manolete» para su corrida de presentación

Libro donde consta el alquiler del equipo

(Fotos Zarco)

Las ciento veinticinco pesetas que pagó «Manolete» por su primer equipo de torear. El torero cordobés cobró seiscientas pesetas por la corrida de su presentación en Tetuán de las Victorias.



Es lógico que pretenda agotarse la investigación en torno a la historia fabulosa y breve, de «Manolete». Cada día es posible que aparezca una anécdota distinta y se contrasten las fechas y se aquilaten los detalles. Por mucho tiempo se hablará del infortunado torero cordobés y de sus comienzos, que son los menos conocidos.

Hoy hemos tenido ocasión de lograr un dato exacto: el del precio que pagó «Manolete» por su equipo de torear en la corrida de su presentación en Madrid, en la Plaza de Tetuán de las Victorias. Nos lo facilita don Angel Linares, que si hace cuarenta años destacó como peón a las órdenes de los «Bombita», de «Cocherito de Bilbao» y en sus finales con Ventoltrá, hoy tiene renombre como sastre y alquilador de trajes de torear.

—¿Cuándo conoció usted a «Manolete»?

—La primera vez que vi a «Manolete» fué, justamente, el 30 de abril de 1935. Al menos esta es la primera fecha que yo recuerdo. Recientemente se ha publicado que en 1930, siendo «Manolete» becerrista, le alquiló un traje por cincuenta pesetas. Bien pudiera ser cierta la noticia, aun cuando no aparezca registrado este alquiler en mi libro-registro.

—¿Quién le presentó el nuevo cliente?

—«Manolete», que acababa de llegar de Córdoba, se presentó en esta casa acompañado de su apoderado, don José Molina. Ambos traían una carta de presentación de «Guerrita Chico».

—¿Quiere detallarme el equipo que le alquiló?

Y el señor Linares, por toda respuesta, saca de un cajón un libro polvoriento, busca la página correspondiente al 30 de abril de 1935.

Dice así: «Vestido, número 62; capote de paseo, nuevo; dos capotes de brega, número 19, y otro nuevo; dos muletas, números 5 y 2; dos espadas, forma bayoneta, y espada de descabellar, chica; dos palos; un fundón, una espuerta y una montera, número 23, con la caja, número 24.»

—¿Cuánto importó este alquiler?

—Ciento veinticinco pesetas, que, por cierto, se empeñaron en que las cobrara por adelantado.

—Después de transcurrido tanto tiempo, sabe Dios dónde habrá ido a parar aquel equipo...—aventuramos.

El veterano alquilador, acercándose a una vitrina, corre las lunas y con todo cuidado saca primero un terno naranja y oro desvaído por el tiempo, luego un viejo capote de paseo y a continuación el juego de espadas y la montera que unos días hicieron feliz al que andando el tiempo había de ser primera figura del toreo.

—Por esta ropa y por ese busto —dice Linares, señalando un barro policromado de «El Espartero»— me han hecho importantes ofertas, que no he aceptado.

—¿Asistió usted al debut del diestro?

—¿Cómo no, si yo siempre estuve abonado a esa Plaza, en la que tantas veces salí de banderillero? Recuerdo perfectamente que la corrida de los Herederos de Esteban Hernández salió con exceso de casta, gorda, con muchos pitones y demostrando gran bravura con los caballos.

—¿Qué le pareció la actuación de su cliente?

—«Manolete» apuntó excelentes maneras, muy especialmente con el estoque. Mató pronto y bien.

—¿Cuánto cobró Manuel Rodríguez por esta corrida?

—Por aquella época la Empresa de Tetuán abonaba a cada debutante seiscientas pesetas. Y la misma cantidad volvió a cobrar Manolo cuando lo repitieron cuatro días más tarde.

—¿Qué vestido alquiló en la segunda corrida?

—El mismo de la vez anterior y con la sola excepción de estrenar una muleta. Y no paró aquí el alquiler, pues tal cariño cogió al vestido que, según decía, le traía suertes, que al ausentarse de Madrid para torear en varios pueblos cordobeses, lo prorrogó.

—Y usted, acostumbrado a conocer tantos aspirantes a fenómenos, ¿qué impresión le produjo el torero?

Nuestro amigo, como si al contemplar la ropa que el gran torero vistió en su época heroica volviera a verlo a él probándose el desvaído terno naranja y oro, habló:

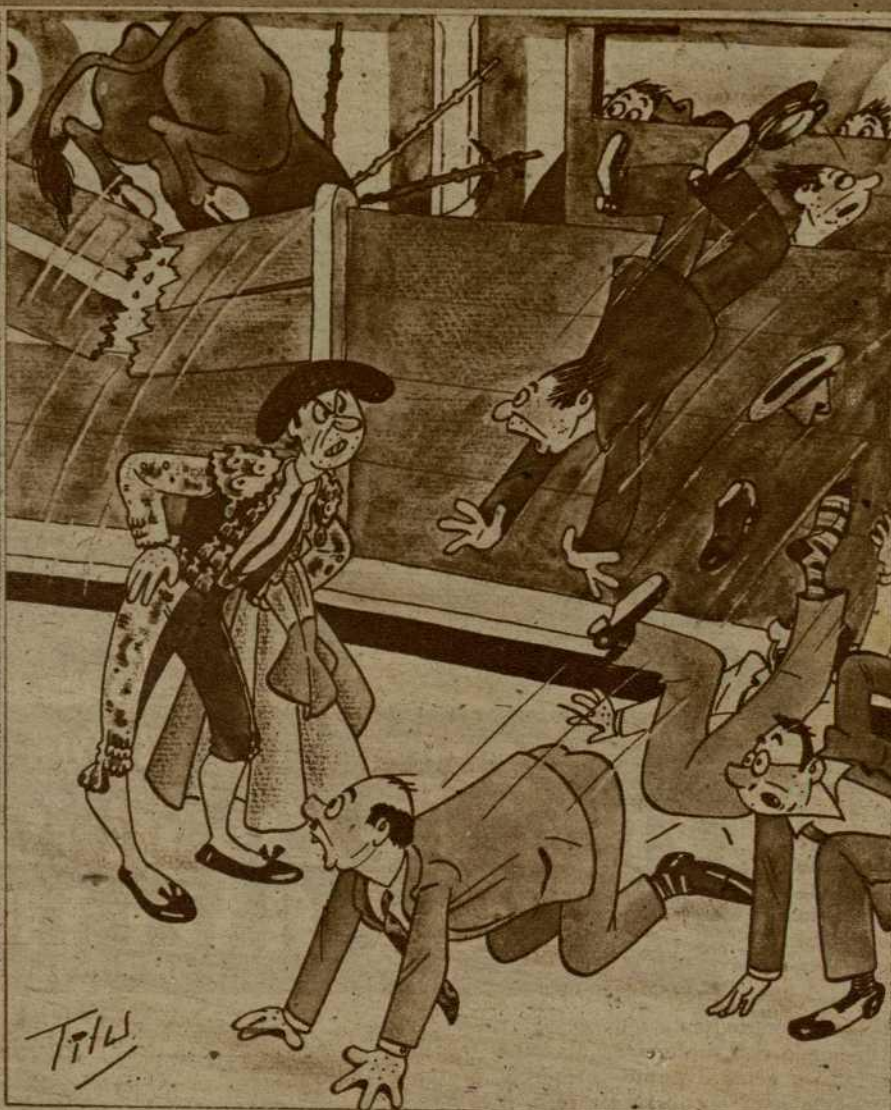
—Por entonces el carácter de «Manolete» había adquirido ya los rasgos que no le abandonarían mientras permaneciera en este mundo. Tenía una intensa vida interior y parecía permanecer ausente de cuanto le rodeaba.

F. MENDO



EXIGENCIA

—¿Quiere usted darme también un vaso...? No sé beber a chorro...

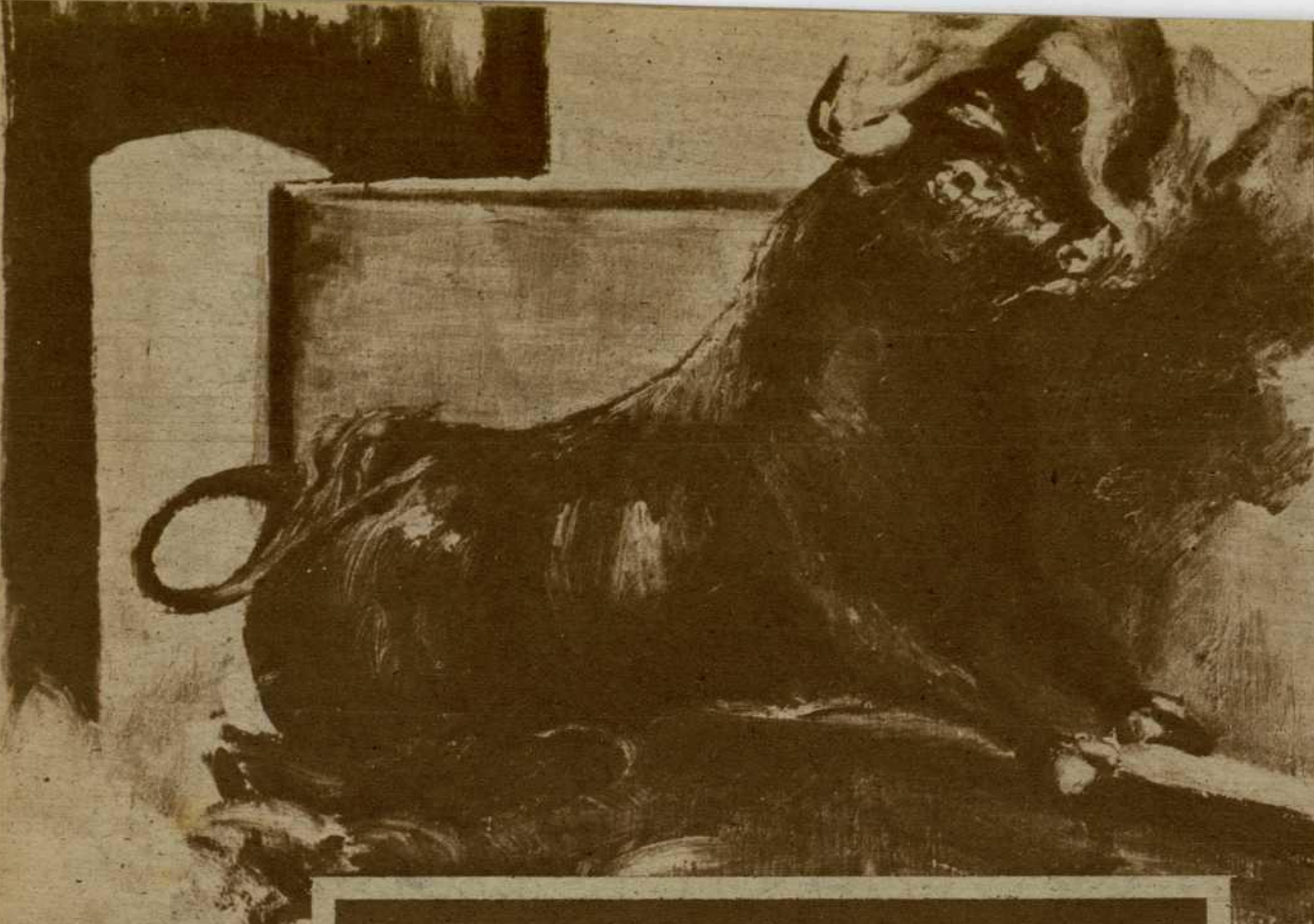


SORPRESA

—¿Pero se puede saber por qué se meten ustedes en el ruedo...?



El profesor.—Ya lo veis, queridos niños. Esto se llama un pase con la derecha.



«Rematando en tablas», óleo del pintor José Gallardo, lleno de fuerza y de una excelente ejecución pictórica

EL ARTE Y LOS TOROS

El toro en la pintura de JOSE GALLARDO

SUCEDER frecuentemente que el artista, el pintor dedicado con preferencia al tema taurino, elige por lo general como intérprete protagonista o modelo para su obra al torero, más por lo que tiene de vistoso y decorativo en su conjunto brillantemente colorístico que por lo que de interesante pueda tener para el arte. Claro está que en la unión, en la fusión de torero y toro, estará la máxima belleza, tal vez porque a lo llamativo de uno se añada la majestad y soberana pujanza del otro, que ha de dar la superior atracción del conjunto. Sin embargo, hemos de confesar que en la Fiesta el verdadero protagonista, el rey y señor de la Plaza, es indudablemente el toro. En torno a él y en el arte y manera de burlar su fiera gira toda la lidia.

El toro, con toda su magnífica prestancia, con toda la gallardía de su pura sangre, con todo su ilustre abolengo de casta, será el motivo del viril y españolísimo espectáculo.

Así lo ha entendido el notable pintor José Gallardo, y enamorado de la estampa del toro, su pincel ha ido entusiasmado en su busca, para trasplantarlo a la inamovilidad del lienzo en los diferentes aspectos o momentos de su vida. Tan pronto lo captó en la feliz libertad del campo, en la paz de las soledades de la dehesa, en la mansedumbre del en-

cierto o en ese momento en que, fiera al acoso, ataca o se defiende de sus enemigos. ¡Bella estampa la del toro, hoy ya cantada por los poetas!

A este pintor no es la lidia, en sus múltiples aspectos, lo que le interesa, porque si llega a ella es por una necesidad acomodaticia, por una conveniencia circunstancial exigida por la razón o motivo, que al fin y al cabo la lidia, la corrida, es un aspecto como otro cualquiera, algunas veces el definitivo, en el que el toro, respondiendo a su raza, se ofrece con toda su vigorosa pujanza, en su máxima acometividad.

El pintor José Gallardo ha ido estudiando al toro, analizando sus movimientos, buscando sus rasgos, sus pormenores, sus reacciones, su modo de vivir y su manera de actuar. Le siguió en el campo, en el encierro, en el desencajonamiento, en los chiqueos y en el mismo redondel de la Plaza, y cuando ya lo tuvo suficientemente conocido, cuando sus ojos se habituaron a su presencia, lo llevó al papel y del papel a la tela, donde el color — colores oscuros y de una opacidad inquietante — pusieron el resto.

José Gallardo es pintor por vocación natural, por inclinación de su temperamento, y así, con una gran ilusión, con cierto amor paternal, ha ido creando su obra y, burla burlando, haciéndose amigo del color, que él sabe nivelar con la justa y certera medida. Sus asuntos son tal vez únicos, diferentes a lo que hasta ahora se realizó. Domina en él la nota fuerte, briosa y dramática. Un dramatismo que tiene sus raíces en lo goyesco o, más concretamente, en las escenas apasionantes de Lucas. Aragonés de nacimiento, en la antigua Bilbilis vió la luz primera, son curiosas e interesantes sus escenas típicas y populares de aquella región. Escenas y aspectos taurinos que tienen para nosotros el interés de la novedad y el encanto de lo espontáneo.

Toda la obra de José Gallardo es eminentemente taurina, toda su labor responde al gusto y preferencia de un artista que, como Goya, adiestróse en el



«Quite oportuno», magnífico lienzo del notable artista José Gallardo

grabado al tiempo que en el color, y como esta dualidad ejecutiva al simultanearse, en vez de debilitar, vigoriza su obra, toda ella responde a esa fortaleza, a ese tono mayor viril y pujante que debe presidir y rodear a toda obra auténticamente taurina. ¿Cómo concebir el cuadro de toros, feble, detallista y amenerado? No. La pintura de Gallardo es férrea, corpórea, como corresponde al tema y al hombre. Defensor del toro, no enemigo, su obra es como una exaltación o apología, como una reivindicación de la fiera, atacada en todo momento y esclava siempre de la astucia, ya que no del poderío, de los que le rodean.

«Al descubierta», otro de los cuadros de Gallardo, que recoge con impresionante verismo una faceta popular de los toros en un pueblo

Al incluir el nombre de José Gallardo en la lista o catálogo particular de los pintores taurinos, nos congratulamos de que el tema cuente con un artista que sabe poner emoción y sentimiento en su obra.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS





«Temeridad de Martincho en la Plaza de Zaragoza» (plancha inédita, variante de la núm. 18, publicada con anterioridad). Dibujo de don Francisco de Goya para la serie de «La Tauromaquia»



Roque Miranda, «Rigores».—Banderillas al cuarteo.